

J. RAFAEL CARRANZA

La Batalla de Yungay



:: Monumento al Roto Chileno ::

CRONICAS HISTORICAS

★ 20 DE ENERO DE 1839 ★

J. Rafael Carranza

LA BATALLA DE YUNGAY

Monumento al Roto Chileno

(Recuerdos Históricos)

Stgo.

1939

IMPRENTA "CULTURA"

Argomedo 363-A

Santiago de Chile

Con el respeto que merecen sus méritos literarios y sus virtudes cívicas, me atrevo a dedicar este modesto trabajo de Crónicas Históricas y de emulación del sentimiento patrio, a mis distinguidos colegas del COMITE CENTRAL DE REMEMORACION HISTORICA, señores:

Enrique Vergara Robles (Presidente)
Januario Espinoza (Secretario)
Raimundo de la Cruz (Pro-secretario)
Tomás Thayer Ojeda
Ricardo Montaner Bello
Coronel Aníbal González
Claudio Salas
General Oscar Novoa
General Carlos Fuentes Rabé
Sady Zañartu
Presbítero Bernardino Abarzúa
Gabriel Amunátegui
Alberto Mackenna Subercaseaux
Almirante Olegario Reyes del Río
Coronel Alfredo Portales
David Bari
Rev. P. Raimundo Morales
General Francisco J. Díaz
Armando Donoso
General Humberto Arriagada V
Guillermo M. Bañados
Comodoro Manuel A. Francke
Guillermo Feliú Cruz
Ricardo González Cortés
Roberto Orihuela Salas

EL AUTOR

PROLOGO

DOS PALABRAS.

Hemos abierto un paréntesis a la fatigosa labor que nos ha impuesto la redacción de la obra "Crónicas Históricas de las Calles de Santiago" (1) — que venimos preparando desde hace catorce años—, a fin de poder contribuir a la conmemoración de la Batalla de Yungay, en su primer centenario.

Consideramos que cumplimos con un deber cívico al rememorar, por medio de un pequeño libro, aquella jornada que nos llenó de gloria el 20 de enero de 1839, con el "triunfo marcial—que el pueblo chileno—obtuvo en Yungay".

No se trata de nuevas investigaciones, sino de una información de Crónica, sobre la campaña contra la Confederación Perú-Boliviana del General D. Andrés Santa Cruz; del origen de aquel conflicto internacional y de la acción memorable del General D. Manuel Bulnes, que regresó triunfante a Chile, una vez que quedó sólidamente restaurada la República del Perú.

(1) "CRONICAS HISTORICAS DE LAS CALLES DE SANTIAGO" (3 volúmenes), libro en preparación para conmemorar el IV Centenario de la fundación de Santiago (12 de febrero de 1541-1941)

El parte Oficial de la batalla de Yungay pasado al Presidente del Perú General D. Agustín Gamarra, ilustrará a las nuevas generaciones sobre el valor técnico de tan atrevida acción guerrera; y leyendo estas páginas, asistiremos a presenciar en la antigua Cañada de Santiago, la entrada triunfal del ejército de Bulnes y lo acompañaremos en su marcha apoteósica hasta el Palacio de los Presidentes, en la Plaza de la Independencia.

Se rememora, también, en estas páginas, a la Sargento Candelaria, y al teniente araucano Colipí; un emocionante y oportuno brindis improvisado por O'Higgins en Lima, durante su exilio, y los rasgos biográficos de los autores del Himno de Yungay.

Corolario de los festejos que se tributaron a los legionarios del 39, fué la creación del Barrio y Plaza de Yungay, en esta ciudad de Santiago, donde se alzó el Monumento del Roto Chileno, que simboliza las dotes raciales del soldado-ciudadano de nuestra patria. No podíamos, en consecuencia, prescindir de este acontecimiento y le hemos dedicado la Segunda Parte en nutridas crónicas y anécdotas, que despertan simpáticos recuerdos del pasado.

Varios de nuestros vates y algunos ingeniosos poetas populares han cantado el heroísmo del Roto Chileno en abundantes e inspiradas composiciones, cuyas principales se insertan en una pequeña Antología.

En nuestro sincero propósito de contribuir al mantenimiento inalterable de la paz internacional, hemos procurado eliminar de nuestras modestas páginas toda alusión a sucesos, que pudieran debilitar el espíritu de confraternidad que nos inspira y que

los chilenos anhelamos mantener con vigor inquebrantable, en aras de un futuro que permita al mundo civilizado contemplar en hermosa y efectiva realidad el sublime sueño de Bolívar: "la unión de todas las naciones de la América", iluminada por el Sol de la Libertad y afianzada por los pueblos, en santa comunión de ideales de Paz y Progreso.

J. R. C.

PRIMERA PARTE

CAMPAÑA RESTAURADORA DEL PERU
(1837-1839)

CAPITULO I

LA GUERRA CONTRA LA CONFEDERACION PERU-BOLIVIANA

Origen del conflicto.—Ambiciones del Presidente de Bolivia, General Santa Cruz.—Chile vela por la integridad de la Independencia del Perú y Bolivia.—Diversas gestiones diplomáticas.—Las expediciones navales de Blanco Encalada y Simpson.—Conspiración en Lima del General Freire y otros chilenos desterrados.—Es asesinado D. Diego Portales, cuando preparaba el Ejército Expedicionario.—Brillantes acciones de la guerra del General Bulnes.—Combates del Puente de Buin, Matucana, Pan de Azúcar.

A los pocos años después que el Ejército Libertador de San Martín obtuvo la independencia del Perú de la dominación española, los peruanos empezaron a sentir deseos de incorporar Bolivia a su territorio, y para ello invocaban la razón de que ya les había pertenecido, como que antes de la Independencia se le conocía por el "Alto Perú".

A su vez, el Presidente de Bolivia, General don Andrés Santa Cruz, estaba dominado por el propósito, secretamente mantenido, de adueñarse del Perú, y empezó a preparar un ejército poderoso.

En 1835 se le presentó la oportunidad de desarrollar su plan.

Habiendo solicitado su intervención uno de los bandos que se disputaban el Gobierno del Perú, Santa Cruz, con el pretexto de ir a pacificarlos, invadió el territorio peruano con 5,000 hombres, e inició una serie de operaciones bélicas.

Chile—dice el General don Indalicio Téllez en su Historia Militar de nuestra patria—no podía mirar con indiferencia estos sucesos, no sólo porque la constitución de un Estado tan fuerte en su frontera y gobernado por un caudillo tan peligroso como Santa Cruz constituía un grave peligro internacional, sino porque el cercenamiento de que se hacía víctima al Perú, sin obtener antes el consentimiento de Chile y la Argentina, era un desaire a estos países que con su sangre y su dinero habían conquistado la independencia del Perú. Por eso Santa Cruz tuvo dos enemigos: Chile y Argentina. Ambos le declararon la guerra”.

Además, el gobierno de Santa Cruz, burló el Tratado de Comercio que tenía el Perú con Chile desde el tiempo de la Expedición Libertadora de San Martín.

Como un medio de hacerse respetar, Chile elevó de 3 a 6 pesos los derechos de internación del azúcar; pero esto no dió resultado, por lo cual el Ministro de Chile en el Perú, don Miguel de Zañartu, tuvo que pedir sus pasaportes.

El Presidente de la República en aquella época, al dar cuenta al Congreso Nacional de este suceso, decía en el mensaje respectivo: que “el decoro de la República lo obligaba a desistir de la infructuosa perseverancia con que había perseguido la celebración de un tratado de comercio y el arreglo de las deudas pendientes”.

A todo esto, un movimiento revolucionario de los chilenos que se encontraban desterrados en el Perú y que encabezaba el General don Ramón Freire, para venir a derrotar al Gobierno del General don Joaquín Prieto, vino a agravar la situación, pues aquí se creyó, y por muchos motivos, que Santa Cruz propiciaba esa conspiración de nuestros compatriotas.

Agotada una serie de diligencias diplomáticas el Presidente Prieto solicitó del Congreso la autorización necesaria para declarar la guerra al Perú, si este país no daba reparaciones a diversos agravios que nos había inferido y que se relacionaban con la conspiración fracasada de Freire.

Como una última tentativa de avenimiento, el 16 de octubre de 1836 se embarcaba en Valparaíso con rumbo al Callao a ultimar las gestiones de arreglo don Juan Egaña,

investido de las facultades de Ministro Plenipotenciario. Lo escoltaba una escuadra de cinco barcos, al mando del Almirante Blanco Encalada.

Las autoridades peruanas notificaron oportunamente a Blanco Encalada que sólo se permitiría entrar al puerto de Callao al diplomático.

Hubo en seguida un intenso cambio de notas entre el Ministro Egaña y Santa Cruz, con un resultado también negativo. Llegó un momento en que el señor Egaña determinó retirarse, y en su última comunicación oficial dejó establecido que el Gobierno peruano podía considerar como declarada la guerra entre Chile y los Estados Norte y Sur peruanos.

Como respuesta, Santa Cruz organizó las fuerzas de la Confederación Perú-Boliviãna, movilizandó como 12,000 hombres que distribuyó proporcionalmente entre los tres Estados que estaban bajo su dominio.

Mientras tanto, en Chile en esos mismos días se desarrollaban incidentes militares de importancia.

Al consecuencia de un motín revolucionario que encabezara el Coronel Vidaurre, fué asesinado en el Barón (Valparaíso) el Ministro de Guerra, don Diego Portales, en circunstancias que se encontraba preocupado de los preparativos de la guerra.

Santa Cruz creyó que con la muerte de Portales los chilenos desistirían de sus intenciones bélicas y reanudó negociaciones de paz.

Pero la expedición se hizo siempre

El 15 de septiembre de 1837 zarpaban de Valparaíso al mando supremo del Almirante Blanco Encalada 16 transportes que conducían 3,194 hombres y que iban escoltados por 7 barcos de guerra

El 4 de octubre este Ejército había desembarcado en Chilcas y seguía marcha hacia Arequipa.

En esta ocasión Blanco Encalada y don Antonio de Irizarri, llevaban títulos de Ministros Plenipotenciarios, por si fuera posible un arreglo prudente y patriótico.

Nuevas escaramuzas diplomáticas suspendieron el *casus belli*, y la expedición regresó a Chile a mediados de diciembre.

Meses después, mientras se procedía a organizar un nuevo Ejército, se mandaron dos expediciones navales: una a las órdenes del Capitán Simpson, con instrucciones para notificar la desaprobación del Tratado de paz, firmado en el caserío de Paucarpata el 17 de diciembre de 1837, que obligó el retiro de la Expedición Blanco Encalada; y la otra al mando de García del Postigo, para bloquear el Callao, Chorrillos y Ancón.

Jefe del Ejército Restaurador del Perú se nombró al General don Manuel Bulnes y Jefe del Estado Mayor al General don José María de la Cruz. Cuatro naves de guerra salían de Valparaíso entre los días 6 y 10 de julio de 1838, resguardando a 26 transportes que llevaban al norte a 5,400 hombres que marchaban dispuestos a destruir la Confederación Perú-Boliviana del General Santa Cruz.

En el lapso de cuatro o cinco meses, se libraron varios combates sangrientos y encarnizados, como el de la Portada de Guía (barrio de Lima), de Matucana, de Puente de Buin y Pan de Azúcar; la acción naval de Casma, etc., hasta que llegó el día del 20 de enero de 1839, en que se libró la gran batalla de Yungay, que decidió el triunfo de las armas chilenas y, por consiguiente, la restauración de la Independencia del Perú.

Refiriéndose a la acción del General Bulnes, el senador don Gonzalo Urreola decía en el Senado de la República, al tratarse de su moción sobre la estatua al vencedor de Yungay:

“El ejército restaurador, desembarcó en Ancón en principios de agosto. Contaba el general Bulnes con que, junto con desembarcar, acudirían a engrosar las filas del ejército los ciudadanos peruanos que anhelaban ver a su patria libre de la ignominia de un dictador extranjero.

Pero grande fué su desengaño, porque el general Gamarra y otros jefes emigrados que acompañaban a Bulnes, confiados en que formarían una fuerte división auxiliadora, sólo obtuvieron levantar un cuerpo no mayor de mil soldados.

El general Bulnes ocupó a Lima, después de forzar la entrada con la victoriosa acción de la Portada de Guía, y allí esperó al fuerte ejército Perú-boliviano; pero éste no se

acercaba. Entre tanto el 18 de septiembre se celebraba por el ejército chileno con nueva jornada victoriosa ganada por una corta división en Matucana, en dirección a la sierra.

Pero el ejército se consumía en la capital peruana. A las hostilidades de sus habitantes y a la privación de recursos para los soldados y de forraje para la caballada, se agregaba la dureza del clima que hacía llegar a 1.000 el número de enfermos.

Hubo, pues, de pensar el general Búlnes en abandonar la capital y dirigirse hacia el noroeste, donde el clima y la relativa abundancia de recursos y de forraje, se unía al hecho de que allí era menos ostensible la animadversión de los habitantes hacia los chilenos. En esos parajes se esperaba al Protector Santa Cruz, que habría de acudir a desalojarlos.

Quien contemple tantos planes fracasados y el sinnúmero de factores contrarios con que tropezaba el pequeño ejército chileno, en un país donde todo le era hostil, comprenderá que se requería de un hombre de alma más que superior, de héroe, para no desmayar en la grandiosa tarea en que Chile entero tenía fijada su mirada y su suerte.

El ejército Perú-boliviano, al mando de Santa Cruz, llegó frente a las posiciones del ejército restaurador y el 3 de enero hubieron las avanzadas chilenas de trabarse, a pesar de su número inferior, en recio combate, con la vanguardia del enemigo en el histórico puente del Buin, que se convirtió en acción sangrienta, pero victoriosa para nuestros soldados.

La situación volvía a tornarse crítica para el ejército restaurador, por la inclemencia del clima y escasez de alimentos y forrajes, y llegó a pensarse en iniciar la retirada hacia el norte; pero prevaleció en un consejo de jefes a que asistieron los peruanos que acompañaban y comandaban parte del ejército, la opinión del general Búlnes y de Cruz, jefe de Estado Mayor.

Avanzó, pues el ejército hacia las posiciones Perú-bolivianas, y el 20 de enero se trabó la legendaria batalla de Yungay. Ella se inició por la posesión del famoso cerro "Pan de Azúcar", que, al igual que otros cerros, el enemigo había artillado y, para defenderlo, colocaba fuertes destacamentos.

El Pan de Azúcar fué tomado a la bayoneta, con enormes bajas de nuestros soldados que para llegar a la cima tenían que apoyarse en sus fusiles.

Trabada la batalla en toda la línea y después de seis horas de la más reñida como sangrienta lucha, el ejército del Protector Santa Cruz era dispersado después de dejar en el campo 1,500 muertos, otros tantos prisioneros y toda su artillería y parque".

CAPITULO II

EL COMBATE NAVAL DE CASMA

Memorable acción de la Escuadrilla del Capitán Simpson.—Rechazo del abordaje de las naves peruanas.—Heroísmo del Guardia Marina D. Domingo Prieto. Medalla a los vencedores.

En la mañana del 18 de enero del citado año de 1839, la segunda división naval de la Expedición Restauradora, compuesta de los navíos más débiles y gastados de la Escuadra chilena, había fondeado al mando del capitán don Roberto Simpson, en la bahía de Casma. La componían la fragata "Confederación" y los bricks armados en guerra: "Valparaíso" y "Santa Cruz".

Las tripulaciones, extenuadas por las penalidades de una larga travesía sobre aquellas costas inhospitalarias, habían bajado a tierra en busca de agua y leña. Por precaución, se destacó un vigía sobre la cima de un cerro. A las doce del día, ese centinela divisó a la escuadra peruana del comodoro Blanchet, que se aproximaba, compuesta de cuatro fragatas de cincuenta cañones cada una: "Edmond", "Perú", "Mejicana" y "Arequipeña".

Rápidamente, alcanzaron a embarcarse las tripulaciones chilenas y se aprestaron a resistir el abordaje que anunciaban las cornetas de las naves enemigas, al entrar en combate con la seguridad de un triunfo completo.

El capitán Simpson, pasó por momentos de amargas alternativas al verse rodeado de tan formidable enemigo. La fragata "Confederación" la única servible de la flotilla, debió sostener todo el peso del combate. La "Edmond" y la "Are-

quipeña" se le fueron encima, desarbolándola en parte con el choque y abordándola una por cada lado.

Durante dos horas, centenares de marineros confederados, de chaquetas rojas, se descolgaron al asalto sobre la fragata chilena, barriendo sus cubiertas, hacha en mano; pero el capitán Simpson se mantuvo firme, y el certero fuego de fusilería de su gente, distribuída en las cofas y en los castillos del barco, hizo inútil todos los asaltos. Ninguno de los que componían las partidas de abordaje debía regresar vivo. Los que quedaban sobre cubierta fueron derribados todos en un formidable combate final al arma blanca.

Eran las dos de la tarde y las fragatas peruanas con sus tripulaciones cruelmente diezmadas, comenzaron a maniobrar para zafarse de la "Confederación", en demanda de retirada. En aquel momento, una certera andanada de la fragata chilena desarboló por completo a la "Arequipeña", cuyo velamen íntegro cayó al agua, dejándola a merced del capitán Simpson y matando al jefe enemigo comodoro Blanchet.

Mientras la "Arequipeña" arriaba su pabellón y se entregaba, los otros buques peruanos huían a toda vela, acribillados a cañonazos, sin que los chilenos pudieran perseguirlos por el mal estado en que se encontraban. Las naves chilenas no pudieron moverse de su fondeadero y sólo tuvieron noventa cañones que oponer a ciento setenta, con tripulaciones inferiores en número a las escogidas tropas de abordaje embarcadas por la escuadra de Santa Cruz.

Ya al caer la tarde, pudo barrerse el torrente de sangre que corría por la cubierta de los buques chilenos y las tripulaciones formaron en los puentes para oír la palabra de los jefes que hacían el elogio de los muertos y felicitaban por su bravura a los sobrevivientes.

A lo lejos, en la superficie del mar, se destaban neta-mente, sobre las sombras de la noche que se venía encima, las llamaradas de los buques peruanos que huían ardiendo, con los palos tronchados y las cubiertas atestadas de muertos y heridos.

El capitán Simpson llamó entonces a un muchacho de 18 años, que había hecho prodigios de valor durante todo el

abordaje. El guardia marina don Domingo Prieto (1) avanzó resbalándose sobre las tablas húmedas de sangre y fué ascendido a teniente segundo ante aquel puñado de héroes que presentaba armas y al lado de la bandera de la rendida fragata enemiga.

Después el Congreso Nacional declaró beneméritos de la Patria a los marinos que tomaron parte en ese combate y les confirió una medalla que decía: "El Gobierno de Chile a los vencedores de Casma.—12 de enero de 1839".

(1) Artículo de Víctor Noir (Enrique Tagle Moreno) "Zig-Zag" 5 de marzo de 1905.

CAPITULO III

LA BATALLA DE YUNGAY

Relación de la batalla.—Parte oficial del General Bulnes al Presidente del Perú, General D. Agustín Gamarra.—Restauración de la Independencia peruana y disolución de la Confederación.—Afianzado gobierno Gamarra.—Bulnes es obsequiado por el Congreso del Perú y nombrado "Gran Mariscal de Ancach".

A raíz de la victoria de Yungay, el General Bulnes pasó al Presidente del Perú, General Gamarra, el siguiente parte de la gloriosa batalla de Yungay, que acababa de dar fin a la histórica contienda:

"Excmo. Señor: Obligado a continuar mi marcha hacia el Sur para aprovecharme de las ventajas reportadas en la memorable batalla de Ancach, que ha desquiciado la obra de la Confederación Perú-Boliviana y echado por tierra las esperanzas de su autor, no me fué posible pasar a V. E. un parte detallado de ella en los primeros momentos, en que tampoco era fácil obtener los datos necesarios para hacerlo con exactitud. V. E. ha tenido la gloria de ser testigo ocular y actor celoso en el extraordinario acontecimiento cuyos pormenores me cabe hoy la satisfacción de exponer a V. E. después de haber adquirido los conocimientos circunstanciados que para ello son precisos.

No ignora V. E. que reconcentrado el Ejército unido en Caraz, como punto más favorable para aceptar una batalla con todas las probabilidades de un éxito feliz, aguardaba con ansiedad que apareciese el Ejército boliviano, y se verificase el

ataque que todos los antecedentes nos inducían a esperar; mas en el espacio de trece días mis deseos fueron vanos, porque el enemigo se limitó a posesionarse de Yungay, y a conmovier todo el país circunvecino, para quitarnos los recursos, y que nos consumiesen lentamente las enfermedades endémicas, que en la presente estación reinan en este país.

V. E. sabe que habiendo penetrado su intento, resolvimos que el Ejército unido (restaurador) tomase la ofensiva sobre la posición que el enemigo ocupaba en Yungay, distante tres leguas del cuartel general, y al efecto se puso en marcha el 20, a las 5 A. M. en el orden siguiente:

Cuatro compañías de cazadores a las órdenes del Comandante Valenzuela, otras cuatro a las órdenes del Coronel Lopera del Ejército peruano y un escuadrón de cazadores a caballo, componían la vanguardia, bajo el mando inmediato del valiente General Torrico. Los batallones Carampangue Portales y Cazadores del Perú con dos piezas de artillería, formaban la I División, a las órdenes del General de División del Perú don Juan Bautista Eléspuru; Colchagua, Valparaíso, Huaylas y seis piezas de artillería componían la II División, al mando del distinguido General de dicho Ejército, Vidal; y Valdivia, Santiago y Aconcagua hacían la III. La caballería formaba la IV, al mando del bravo y distinguido General de Brigada don Ramón Castilla.

En tal disposición avanzó nuestro Ejército, habiendo hecho adelantar el batallón Aconcagua sobre nuestro flanco izquierdo, con la orden que subiese un cerro alto y escarpado que dominaba el camino, y principalmente la angostura que forma el terreno como a dos leguas de distancia estrechándose entre las montañas y el río Santa.

Este batallón venció el obstáculo en el mejor orden, y se reunió al Ejército que se hallaba ya situado fuera del desfiladero sobre la hacienda Punyán, sin contestar al fuego que le hacían compañías de infantería boliviana, situadas ventajosamente sobre la eminencia que domina todo el perímetro llamado Pan de Azúcar, cuya altura de acceso casi perpendicular, y aislada entre las tierras de dicha hacienda y una cadena de montañas que se advierte al Este del terreno que ocupá-

bamos, se levanta a vanguardia el punto de Ancach y al flanco izquierdo del camino.

Entonces los enemigos cubriéndose por las quebradas que forma la cerranía y el cerro aislado ya mencionado, destacaron dos compañías a tomar la altura por donde habían descendido el Aconcagua para flanquear nuestra izquierda.

Inmediatamente dispuse que el Teniente Coronel graduado López con tres compañías de los batallones Portales, Valdivia y Huaylas, se apoderase de la eminencia y batiese a los enemigos; y en seguida ordené que la columna de cazadores avanzase hasta la casa de Punyán sostenida por otras tres columnas paralelas que se formaron de la I División, con el objeto de desalojar cualquiera fuerza enemiga que hubiese emboscada en sus inmediaciones, y particularmente para apoderarnos de una pequeña altura que forma el contrafuerte del cerro elevado, en que, como queda dicho, se hallaban establecidas cinco compañías de cazadores enemigos y desde el cual me permitía reconocer bien la situación que ocupaba el Ejército boliviano.

En efecto, una mitad de caballería que estaba a nuestro frente observando por algún tiempo los movimientos del Ejército, desapareció mediante dos tiros de cañón que se dispararon y habiendo quedado todo el terreno hasta la casa por nuestro, reconocí que a pocas cuadras de distancia, se encontraba un barranco profundo de bordes muy escarpados por cuyo cauce corre un pequeño río, que bajando de la cordillera corta horizontalmente el terreno, y se precipita en el Santa, que al otro lado de la barranca habían formado los enemigos un parapeto de piedra bastante consistente, apoyando su derecha a una altura de segundo orden contigua a la cordillera, y a su izquierda al río Santa, cubriendo su centro un obús y dos piezas colocadas sobre el desfiladero.

Desde luego conocí que su línea estaba bien establecida, que teniendo como tenían ocupada la altura de Pan de Azúcar, la reputé como una plaza fuerte cuyo ataque debía comenzar por las obras exteriores.

Durante esta observación se me dió aviso que fuerzas superiores subían por la altura del Este, sin duda con la intención de incomodar nuestra retaguardia, las cuales fueron

obligadas a descender precipitadamente por las fuerzas citadas que mandaba López; y con el fin de cortarles la retirada, ordené al Coronel graduado Comandante del Aconcagua, don Pablo Silva marchase por la quebrada que forma el cerro Pan de Azúcar y la montaña del Este, yendo advertido que tal vez tendría que batirse con fuerzas mayores. Este cuerpo se encontró a corta distancia de otro enemigo situado a la falda de la montaña, que sostenía a la vez las compañías que habían subido por ellas y las que estaban sobre Pan de Azúcar.

Un vivo fuego se empeñó por ambas partes y los enemigos cerciorados de que su resistencia sería inútil, empezaron a ceder el terreno al bravo Aconcagua que fué dirigido con inteligencia y acierto por su arrojado Comandante.

Conocido que era el momento llegado de forzar la primera posición, determiné que las compañías de Cazadores de Valparaíso, Carampangue, Santiago y sexta de Cazadores del Perú, mandadas por el Comandante Valenzuela, al que acompañaba el bizarro Coronel peruano Ugarteche, subiesen a la altura y se dirigiesen por la izquierda, centro y derecha. Los enemigos rompieron un fuego vivísimo sobre nuestros cazadores, los cuales contestaban ganando siempre terreno hacia arriba.

Ni el número de los enemigos ni el cansancio que experimentaban al trepar una elevación tan pediente, pudieron entibiar su ardor. Ellos, a costa de fatigas y de una audacia sin ejemplo, despreciando el fuego de cañón que partía del campo enemigo, vencieron con una resistencia heroica tamaños obstáculos y llegados a la cumbre arrollaron a bayonetazos a enemigos tan encarnizados que aumentaban su defensa arrojando piedras sobre nuestros valientes en el furor de la desesperación.

Las cinco compañías que defendían Pan de Azúcar, perecieron todas, con ellas el General Quiroz que las mandaba, un Coronel y sus demás oficiales.

En posesión ya de este punto tan importante, dirigí mis miras hacia el atrincheramiento defendido por los batallones 1, 2 y 3 de Bolivia, Pichincha, Alyacucho, Cazadores del Centro, Arequipa, cuatro piezas de cañón, el regimiento

Lanceros de Bolivia y la escolta del General Santa Cruz, cuyos dos cuerpos constaban de 650 caballos, ascendiendo el total de esas fuerzas a más de 5.500 hombres, de los cuales tres batallones y toda la caballería formaban su reserva.

A pesar de este número que se duplicaba en mi concepto, por las inexpugnables posiciones en que se hallaban atrincherado el enemigo, no vacilé en atacarle con medios inferiores, conociendo que todo lo arrostraría el denuedo del valeroso Ejército unido restaurador. Al efecto ordené que una compañía del Colchagua reforzase al batallón Aconcagua, y aquél a las órdenes de su Comandante el valiente Coronel graduado don Pedro Urriola, y Valdivia al del bravo Mayor Gormaz, marchasen por el camino real, y oblicuando a la izquierda, atacasen la derecha de los enemigos, ligando esta operación con la del Aconcagua que debía circundar a Pan de Azúcar y que el Portales a quien acompañaba el valiente Coronel peruano Montoya, atacase por el mismo camino real.

Un fuego redoblado dió principio a esta escena sangrienta, y el Portales que se empeñó con toda la línea enemiga, embistió contra sus parapetos con una intrepidez de que hay pocos ejemplos, después de haber arrollado al número 4 de Bolivia que estaba avanzado de su línea.

En tales circunstancias, dispuse que el batallón Cazadores del Perú, al mando de sus bravos jefes Frisancho y Salaverry, y medio batallón del Huaylas a las órdenes de su esforzado Coronel Deusta, entrasen a la línea por nuestra izquierda; que el Valparaíso sostuviese al Portales, y que el Carampangue, Santiago y el otro medio del Huaylas, mandados por sus respectivos y denodados jefes Mayor Zañartu, Coronel graduado Sessé y Coronel Vivero, atacando sobre la izquierda enemiga con todo vigor, procuráranse flanquearla. Para apoyar este movimiento general, ordené que se situasen dos piezas de artillería en el camino real y dos en el contrafuerte del cerro Pan de Azúcar, que dos escuadrones de Cazadores a caballo se colocasen sobre dicho camino, y que el 3º del mismo regimiento, con los lanceros y carabineros y una pieza de artillería, siguiesen por nuestra derecha a las

órdenes del General Castilla, para sostener el esfuerzo que debían hacer aquellos tres batallones.

Inmediatamente comenzó el fuego en toda la línea, haciéndose más mortífero a medida que nuestros soldados a cuerpo descubierto ganaban terreno sobre el campo enemigo.

Los dos batallones Portales y Valparaíso a las órdenes de sus dignos Comandantes García y Vidaurre Leal, hacían prodigios de valor, arrojándose sobre los atrincheramientos y despreciando una muerte cierta, mientras que por nuestra derecha conserva el fuego la mayor intensidad, y nuestras piezas jugaban con buen éxito.

Los enemigos al ver tanto arrojó y el ciego furor con que por esta parte atacaba el batallón Carampangue, conociendo al mismo tiempo que estas tropas pasaban el gran barranco que dividía las dos líneas, y los alcanzaban a la bayoneta, comenzaron a ceder, abandonando sus posiciones y replegándose sobre su derecha.

Mientras esto sucedía, el General Cruz, jefe del Estado Mayor General, dispuso que los escuadrones situados sobre el camino real, variasen de dirección a la derecha, y se dejasen caer al zanjón por el flanco izquierdo enemigo, venciendo un paso casi inaccesible para caballería.

El intrépido Coronel del regimiento Cazadores a caballo don Fernando Baquedano, puesto a la cabeza del primero de los expresados escuadrones, cargó con el mayor denuedo a la infantería enemiga con las primeras mitades que pudo formar. El vivo fuego de los contrarios y la escabrosidad del terreno, lleno por todas partes de zanjas y cercas, desordenaron este escuadrón, que se vió obligado a retirarse, porque también un escuadrón enemigo acudió en protección de su infantería. A este tiempo el escuadrón Lanceros y Granaderos, mandado por el Capitán Palacios, había logrado vencer el desfiladero, y con este auxilio, el primer escuadrón de Cazadores se rehizo al momento, y ambos cargaron al enemigo poniéndolo en fuga. Apoyado éste por una gruesa reserva de ambas armas, obligaron a los nuestros a replegarse sobre el flanco derecho del segundo escuadrón de Cazadores y de Carabineros de la frontera mandado por su valeroso Comandante

García, y tercero de aquel regimiento, que habían recibido también la orden de cargar y vencido ya el paso del zanjón.

La simultaneidad, prontitud y arrojo con que todos estos cuerpos, puesto a la carga, ejecutaban sus movimientos en los instantes en que por todas partes se esparcía la muerte, llenaron de espanto al enemigo.

El terror se apoderó enteramente de ellos cuando vieron atacada su reserva, y mezclada nuestra caballería con sus tropas de ambas armas.

Entonces nuestra infantería que había ya flanqueado su izquierda, redoblando sus esfuerzos saltó por los atrinchamientos enemigos, rompió sus filas, y los puso en completa y desordenada fuga, contribuyendo eficazmente a este brillante triunfo el escuadrón Granaderos a caballo, al mando de su Comandante Jarpa, que había quedado de reserva en la casa de Punyán, y que cargó oportunamente.

La persecución fué tan valiente, que la caballería enemiga entraba mezclada con nuestros soldados por las calles de Yungay, y en esta disposición siguieron hasta tres leguas, quedando el campo por todas partes sembrado de cadáveres contrarios.

Así terminó una de las batallas más encarnizadas y sangrientas que jamás se han visto en América: batalla que empezó a la diez de la mañana y concluyó a las cuatro de la tarde. Los enemigos se han defendido con una tenacidad extraordinaria; pero nada ha bastado a resistir el vigoroso brazo de los ínclitos guerreros que componen el Ejército Unido.

Ellos tienen la satisfacción de anunciar al Perú, que está muy cerca el día en que purgando completamente su suelo de los soldados que condujo el conquistador boliviano para oprimirlo, pueda presentarse ante el mundo como una nación independiente y dichosa.

El enemigo ha perdido en la gloriosa jornada de Anchac, dos Generales y más de mil cuatrocientos soldados muertos, entre los cuales se cuenta un número considerable de oficiales. Tres Generales, nueve Coroneles, ciento cincuenta y cinco oficiales de todas guarniciones, y mil seiscientos soldados prisioneros, sin contar con las partidas de disper-

sos que diariamente se presentan, siete banderas, toda su artillería y parque, dos mil quinientos fusiles, cajas de cuerpo, botiquines y todo el material de su Ejército, pudiendo asegurarse que sólo Santa Cruz ha escapado con algunos jefes bien montados, y ciento y tantos hombres de caballería que se fugaron en diferentes direcciones, la mayor parte desarmados y heridos.

Nuestra pérdida ha consistido en un General, dos jefes, once oficiales y doscientos quince individuos de tropa, muertos; y veintiocho oficiales y cuatrocientos siete soldados heridos.

Posteriormente pasaré a V. E. un estado por cuerpo de los muertos y heridos.

Entre tanto considero un deber mío recomendar a V. E. al General Jefe del E. M. J., don José María de la Cruz, quien con una serenidad imperturbable ha dado colocación a las fuerzas y continuado su activo servicio durante toda la acción.

Asímismo exige la justicia que haga una particular mención del mérito contraído en esta campaña por el Coronel don Antonio Placencia, Ayudante General, y Comandante en el E. M. J. cuyos conocimientos y empeñosa contracción me han sido siempre de la mayor utilidad.

Igualmente creo que debo hablar en este lugar de la consideración a que es acreedor el esforzado Comandante del Portales don Manuel García, que condujo su cuerpo al combate con una singular intrepidez y bizarría, acompañado siempre en lo más duro del choque por el valiente mayor Torres.

Séame, por último, remitido pagar aquí un tributo de admiración y respeto a la memoria del benemérito y bravo General Eléspuru, del veterano y valiente Comandante Valenzuela, del no menos denodado Mayor Olivares, y de once oficiales que han terminado su carrera ilustre con una gloriosa muerte en el campo de batalla.

Me faltarían expresiones, Excmo. Señor, si tratase de encomiar el entusiasmo y decisión de los Generales, jefes y oficiales y soldados del Ejército Unido.

Todos anhelaban el momento de llegar a las manos con nuestros orgullosos enemigos; todos han hecho una heroica ostentación de su valor, y todos han hecho ver que eran campeones dignos de combatir por la causa santa, cuya defensa les estaba encomendada

Mantuel Bulnes''

Comentando el triunfo de Yungay el historiador militar chileno, General Indalicio Téllez, deduce como sus consecuencias: la disolución del Ejército Confederado y de la Confederación Perú-Boliviana, el afianzamiento del gobierno peruano y el derrocamiento del Presidente de Bolivia. General Andrés Santa Cruz.

Una vez terminada la persecución del enemigo, que subsistía en montoneras aisladas, el Ejército Restaurador regresó a Lima por el camino Chiquián-Cayatambo Tarma-Jauja.

Al aproximarse la vanguardia restauradora, la fuerza de caballería al mando del General Vijil huyó al Sur y las tropas del General Morán se encerraron en el Callao.

El Presidente Gamarra entraba a Lima el 24 de enero y la Plaza del Callao se le rendía el 8 de marzo del mismo año.

El General Bulnes se estableció con su Ejército en Huancayo dispuesto a permanecer allí hasta ver completamente afianzado el gobierno del General Gamarra. Cuando ya lo creyó así, renunció el puesto de General en Jefe del Ejército Restaurador y se puso de acuerdo con el General Gamarra para entrar a Lima y preparar el regreso de su Ejército. Entró en Lima el 18 de abril, comenzó la evacuación a mediados de junio y el 19 de octubre las últimas fracciones del Ejército se embarcaban para Chile.

El Congreso Nacional del Perú, como un acto de reconocimiento a los eminentes servicios prestados a la Independencia de esa República por el jefe del Ejército Restaurador, dictó una ley, por la cual se concedió al General D. Manuel Bulnes una espada de oro, guarnecida de brillantes.

Ya el Presidente Gamarra, que había sido testigo presencial del heroísmo de Bulnes, le había conferido el título de **Gran Mariscal de Ancach**, y así se inscribió su nombre en el escalafón del Ejército del Perú.

CAPITULO IV

RECUERDOS HISTORICOS DEL TRIUNFO DE YUNGAY

El teniente araucano Colipí.—La Sargento Candelaria.—Una inspirada improvisación de O'Higgins en Lima

La figura popular más simpática de la campaña restauradora del Perú fué, sin duda, la Sargento Candelaria, que llegó a ser el ídolo del pueblo.

El ameno y conocido escritor porteño, don Roberto Hernández, en su hermoso libro de anécdotas históricas de los hijos del pueblo y que ha titulado "El Roto Chileno", dice sobre la Sargento Candelaria:

"Candelaria Pérez se había trasladado de Santiago a Valparaíso en calidad de sirviente de un casa acomodada, y después de residir por algún tiempo en esta ciudad, se fué al Callao en 1833, con una familia holandesa.

Mediante la ayuda de algunos pobres ahorros, puso en el Callao una casa llamada Fonda de la Chilena, que la saquearon los peruanos del bando de Santa Cruz, al producirse las primeras hostilidades. La fondista fué encerrada en un oscuro calabozo de las Casas-Matas del Callao. Y luego de verse libre, quiso ayudar a sus compatriotas en el campo mismo de batalla. El General Bulnes dispuso que Candelaria Pérez fuese considerada en clase de sargento primero, para que así pudiese gozar de la migaja de doce pesos mensuales, que era la dotación asignada a dicha clase.

Todo el Ejército fué testigo de la bravura personal de Candelaria Pérez en el célebre episodio de Pan de Azúcar, especie de brillante prólogo de la victoria de Yungay. Tan heroica fué la conducta del Ejército chileno, que el general peruano, don Agustín Gamarra, le escribía en una de sus cartas al Presidente de Chile, don Joaquín Prieto: "Cinco horas de combate encarnizado, venciendo posiciones inaccesibles, han probado que el soldado chileno es el más valiente del mundo".

En lo más reñido de esta pelea, Candelaria Pérez se hizo notar, como antes, por su arrojo temerario y por el solícito interés con que atendía a la curación de los heridos. Pero estas acciones se olvidaron más tarde, y Candelaria vióse reducida a vivir casi en la miseria, en tanto que su salud declinaba rápidamente.

Sólo una vez disfrutó, en esos años, de un fugaz lapso de gloria. El 25 de febrero de 1849 se presentaba en el Teatro de la República en Santiago un drama de mucho aparato, escrito por don Manuel de Santiago Concha y titulado "La Batalla de Yungay". Uno de los personajes más interesantes era la Sargento Candelaria. La actriz que tenía a su cargo ese papel arrancaba frenéticos aplausos a la concurrencia. Pero el original asistía también al teatro, aunque desde un sitio poco visible; y advertido esto por la concurrencia todo el mundo se puso de pie y aclamó con delirio a la heroína.

Candelaria Pérez falleció en la mayor miseria el 28 de marzo de 1870. Y en sus exequias no hubo más cortejo que el formado por un antiguo teniente del Ejército, dos artesanos y alguien amigo de la difunta. En su humilde y olvidada tumba escribió un poeta popular la siguiente estrofa:

Yace bajo esta cruz, llave del cielo,
Una mujer heroica, extraordinaria,
Honra de Chile en el peruano suelo,
La harto infeliz Sargento Candelaria,

(1) El Teatro de la República, existió en la calle del Puen-
te, acera poniente, entre las calles de Santo Domingo y Las Ro-
sas.

Recordando a Yungay con sacro celo,
 Alce el pueblo por ella su plegaria
 Y rinda al recordar su noble historia,
 Llanto a sus penas y a su nombre gloria.

La suerte de esta mujer recuerda la de tantos rotos, hermanos suyos. El femenino roto no se usó en Chile sino rara vez, y eso por insulto o injuria, porque la vanidad de la mujer no puede llegar al desprecio del traje. Por lo mismo, tampoco aplicamos en este caso el femenino al recordar a la célebre **Sargento Candelaria**.

* * *

Fué también héroe de aquella campaña un valiente joven araucano. Juan Colipí, hijo del famoso cacique Colipí. Este intrépido teniente heredero de la pujanza de Caupolicán y Lautaro, en la jornada del Puente de Buín (6 de enero de 1839), disponiendo de solo 40 hombres de Cazadores, resistió heroicamente en la margen izquierda del río a tres batallones que desplegados en batalla y con los Lanceros a la retaguardia cruzaban sus fuegos desde la margen derecha.

* * *

Buñes, por toda recompensa a sus valientes proezas pidió al Presidente de Chile General don Joaquín Prieto, que se reincorporara a los militares dados de baja en 1830 y que se restituyera a O'Higgins su título y honores de Capitán General, lo que fué accedido por decreto de 8 de agosto del mismo año.

Bernardo O'Higgins el ilustre Padre de la Patria, asistió en Lima, donde pasaba su ostracismo, a un banquete con que el 18 de septiembre de 1839, se celebra el aniversario de nuestra Independencia, y, por un acto casual, al tiempo de tomar la copa para brindar, se hirió ligeramente un dedo con el cuchillo de uno de los militares que trinchaba un jamón. Al instante O'Higgins exclamó:

—¡Sangre vertida en el día de mi patria! . . . ¡Por qué no ha sido en su defensa y en el campo del honor? . . . Felices vosotros, amigos, compatriotas, compañeros de armas de otro tiempo. . . Os quedan largos años de vida; inflama vuestros pechos el amor a la patria y a la gloria; tenéis franco el regreso al suelo natal y volvéis vencedores y honrados. ¡Felices vosotros! A mí no me es dado ya más que consumir en estériles deseos y lejos de mi amado Chile, tanto amor y puras intenciones que hubiera querido consagrar siempre a su servicio. Pero sed testigos de los votos que hago por su felicidad. Tierra de mi nacimiento, albergue de mi juventud y de mis tiempos más felices, teatro de mis hazañas y aventuras, ídolo de mi vejez y adversidad, el hado más feliz presida siempre a sus más altos destinos! Quiera el cielo te dignes algún día volver su estimación a quien tan de veras te quiso y procuró siempre su prosperidad”.

CAPITULO V

REGRESO DE LOS VENCEDORES

Entrada triunfal del Ejército Restaurador.—Inmenso júbilo popular.—Arcos de triunfos.—Inspiradas alocuciones poéticas.—La Cañada, un mar humano.—El desfile hasta el Palacio de Gobierno en la Plaza de la Independencia.—Una versión de “El Araucano”

En Santiago, era esperado con ansiedad el día en que debía hacer su entrada a esta capital, de retorno a la Patria, las huestes vencedoras de Yungay.

Fué así como el miércoles 18 de diciembre de 1839, la ciudad amaneció de gala, favorecida con un sol refulgente, que contribuía a henchir el gozo de los santiaguinos que desde las primeras horas de la mañana se habían lanzado a la calle, a recorrer los paseos públicos en los cuales se construían febrilmente hermosos arcos, portadas y columnas conmemorativas, adornadas con guirnaldas y flores.

En la tarde del día anterior, había acampado el General Bulnes, con su división en el Poniente de la ciudad, en los suburbios de Chuchunco, donde estaban las coloniales casas de los Ruiz Tagle.

S. E. el Presidente de la República, Excmo. señor General don Joaquín Prieto con sus Ministros y rumbosa comitiva llegaron hasta esa hermosa mansión campestre a saludar al ínclito vencedor.

Los vecinos aristocráticos, fueron también en sus carrozas a cumplimentar en esa tarde al ilustre General Bulnes, y al también benemérito General don Fernando Baquedano.

Cuando al día siguiente hizo Bulnes su entrada a la ciudad, la vieja Cañada de la Alameda de las Delicias, que se iniciaba por el Occidente frente a la Ermita de San Miguel (hoy templo de la Gratitude Nacional) estaba convertida en un mar humano. "Jamás, se había visto en Chile una reunión popular más grandiosa", decía un cronista de la época. Los corpulentos árboles estaban repletos de muchachos y mocetones que se habían trepado hasta los cogollos, formando verdaderos racimos

Todo el paseo tenía una techumbre de banderolas y gallardetes colocados profusamente en líneas horizontales y cuyas cuerdas se extendían de uno a otro costado, y desde el óvalo de San Lázaro (plazoleta que estaba en el centro del paseo entre San Martín y Manuel Rodríguez) hasta la calle de Ahumada, se alzaban los palcos, que ocupaban las familias santiaguinas, para presenciar el desfile y lanzar flores a los gloriosos soldados de Bulnes, Cruz y Baquedano.

Un artístico arco ostentaba en su frontis esta inscripción:

"Al Ejército y a la Escuadra de la República Chilena,
por sus triunfos en Matucana, Buin, Casma y Yungay"

En el mismo arco se leían estos versos:

Viva perpetuamente en la memoria
El día en que la Patria vuelve a verte,
¡Oh, bandera de Chile!, astro de gloria,
Que sus valientes a las lides guía;
Meteoro de muerte,
Que al suelo derribó la tiranía.

Cubra la sien del ínclito guerrero,
Laurel que viva en todas las edades,
Y que recuerde a Chile venidero
Que fueron tres deidades
Autoras de su gloria:
La Libertad, la Patria y la Victoria.

Fieles hijos de Chile,
 Intrépidos guerreros,
 ¿Quién no se inflama, al veros,
 De generoso ardor?
 Chile os fió su causa,
 Su espada, sus pendones,
 Y le traéis blasones,
 Trofeos, fama, honor.

La prenda que partiendo
 A vuestra Patria disteis,
 Valientes redimisteis
 En una y otra lid.
 Volvéis al fin triunfantes,
 Volvéis a su regazo:
 Su maternal abrazo,
 Guerrerros recibid.

En la calle Ahumada estaba un hermoso arco que había hecho levantar el señor don Diego Antonio Barros, frente a su casa (acera Poniente entre Agustinas y Huérfanos) y en el cual se había escrito:

Gratitud a los vencedores de Yungay

Flameaban sobre sus columnas, coronadas de laureles, los pabellones de Chile y Perú, acompañadas de otras banderas de Repúblicas americanas. Pendía del arco un majestuoso cóndor, con una rama de laurel en el pico y sosteniendo con sus garras la bandera de Chile, desplegada al viento y vencida la de la Confederación Perú-Boliviana.

La imponente comitiva, en medio de frenéticas aclamaciones de las multitudes llegó hasta la Casa de los Presidentes, que estaba en el sitio que hoy ocupa el edificio del Correo Central (Plaza de Armas esquina Noreste con la calle del Puente).

A la entrada de la Plaza se había alzado una vistosa arquería, en cuyos pilares se leía:

Pueblo dichoso, abraza a tus campeones:
 ¡Dichoso tú, pues tienes el solaz
 De ver en los que ilustran tus pendones,
 Las columnas del orden y de la paz!

En medio del himno de fausta victoria,
 Al hombre un suspiro consagra, ¡oh nación!
 Que quiso ardoroso comprarte esta gloria,
 Y víctima de ella cayó en el Barón.

—¿De dónde venís guerreros
 —De triunfar.
 —¿El fruto?—Los patrios fueros
 Afianzar,
 Y ahogar en sangre enemiga
 La ambición.
 —Que vuestras armas bendiga
 La Nación.

Esforzado caudillo, triunfaste;
 ¡Que esa patria, que intrépido y fiel
 En Yungay defendiste y honraste,
 Enguirnalde tu sien de laurel!

Los detalles de la grandiosa recepción que Santiago tributó al General Bulnes y sus huestes victoriosas, los encontramos en la siguiente reseña de "El Araucano"

"Entrada del Ejército Restaurador del Perú

Días hacía que la alegre inquietud de la población anunciaba un acontecimiento interesante; y ya el martes 17 de diciembre era continuo el movimiento de la gente, que en sus carruajes, caballos y a pie, salía al encuentro de la 2.^a División del Ejército Restaurador y ansiaba ver a su esclarecido jefe General en Jefe don Manuel Bulnes.

Efectivamente, en la tarde de ese mismo día se hallaba el vencedor de Yungay a las puertas de la ciudad y fué a

hospedarse a la chacra de don Francisco Ruiz Tagle, donde le esperaba inmenso concurso reunido a la sombra de la frondosa arboleda que hermosea la entrada a esta casa de campo. Ver al General Bulnes y prorrumpir en simultáneos y prolongados vivas fué obra de un sólo instante y los que hacían estas demostraciones se abalanzaron al carruaje que lo conducía. Sucesivamente fueron llegando los diferentes cuerpos que componían la 2.ª División y hallábase dispuesta para ellos una mesa opípara.

S. E. el Presidente de la República no tardó en presentarse en el alegre campamento después de abrazar al héroe con quién departió cordialmente.

El miércoles 18, día memorable en los anales de Santiago, puso fin al vivo anhelo que agitaba a la capital efectuándose por la tarde la entrada triunfal de los victoriosos restauradores. La Alameda de la Cañada adornada con tres elegantes arcos y guarnecida de vistosos tablados **construidos** por particulares y como embutidos entre los pomposos álamos, fué la primera calle de su tránsito y presentaba una escena de cuya hermosura, animación y alegría difícilmente podrán formarse una idea los que no concurrieron a verla.

Ya en los días anteriores había visitado este delicioso paseo gente atraída por los preparativos que se hacían para solemnizar la entrada triunfal, pero gentío como el de la tarde del miércoles, acaso no se había visto antes en Chile.

Desde el primer arco hasta la calle Ahumada había una masa apiñada de gente que apenas dejaba espacio para que pasara la procesión triunfal; y, los tablados que a uno y otro lado formaban un balcón corrido de muchas cuadras, estaban poblados de señoras y caballeros que no cesaban de esparcír flores y de saludar con vivas y aplausos a los valientes que iban desfilando. Precedía a la División una multitud compuesta de millares de personas de todas clases, poseída de un alborozo extremado pero que no desdecía de la solemnidad de la función que se celebraba.

A su cabeza venía el ilustre General en Jefe, acompañado de S. E. el Presidente de la República, los Ministros del despacho, el Cónsul General de Francia, M. Cazotte, y las corporaciones civiles. Seguía, luego, el General Baqueda-

no y el Estado Mayor, los batallones Carampangue y Valdivia, la brigada de Artillería, el Portales, el Colchagua, Santiago, los Cazadores a Caballo y Carabineros, cerrando la marcha los cuatro batallones de Guardias Cívicos de la Capital que, con los batallones Carampangue y Santiago habían ido a encontrar a la 2ª División que llegaba. Al compás de la música marcial y al son de los aplausos que se mezclaban con ella, marchaban entre una lluvia de flores hasta llegar al óvalo donde estaban los dos colegios de señoritas dirigidos por la señora Cabezón y la señora Villagra.

Detuviéronse aquí para escuchar la alocución que pronunció la señorita Covarrubias alumna de este último establecimiento, y terminada que fué, se ofrecieron coronas de flores al General en Jefe, al General Baquedano y otros jefes y oficiales. De aquí continuaron su marcha hacia la Casa de Gobierno torciendo por la calle Ahumada, donde además del adorno del pabellón nacional que ondeaba en casi todas las puertas llamaba la atención un hermoso arco que don Diego Antonio Barros había preparado delante de la suya. Esta calle como todos los demás puntos que proporcionaban alguna comodidad para ver el cortejo triunfal, estaba lleno de numerosa y regocijada concurrencia. Los aplausos los seguían hasta la Plaza de la Independencia en que se había formado también una vistosa arquería y luego al eco de los cañonazos con que hacía salvas el Castillo de Santa Lucía, subió a la Sala de Gobierno el benemérito General en Jefe.

El jueves 19 formaron todas las tropas en la Plaza de la Independencia, y mandó la línea el bizarro Coronel Urriola. Por medio de sus filas S. E. el Presidente, el General Bulnes, los ministros del despacho, el Cuerpo Diplomático, el Comandante General de Armas, las corporaciones civiles y una numerosa oficialidad pasaron a la Catedral, donde se entonó un solemne Te Deum en acción de gracias por el feliz regreso del General en Jefe de la 2ª División.

En el presbiterio aparecían los ricos estandartes de las tropas y su vista despertaba sentimientos de religioso patriotismo en los pechos de los que habían venido a rendir un agradecido homenaje a la Divina Providencia.

En la noche del 19 asistieron al teatro con el Presidente de la República, el General Búlnes y el Coronel Urriola.

El héroe de Yungay fué saludado por toda la concurrencia con el más ardiente entusiasmo. Se entonó la Canción Nacional y se repitieron después de ella los vivas y aplausos al Presidente, al General Bulnes y a la heroica Nación Chilena.

Los nombres del General Cruz y de otros campeones de la Restauración fueron también repetidos y vitoreados por los espectadores".

CAPITULO VI

EL HIMNO DE YUNGAY

Sus autores: el poeta Rengifo y el músico Zapiola

El inmenso júbilo que experimentaron los chilenos, con el triunfo de las huestes Restauradoras del Perú, inspiraron nuestro hermoso y popular **Himno de Yungay**, que fué compuesto en abril de 1839 por el hombre de Estado, escritor y poeta don Ramón Rengifo Cárdenas, hermano menor del célebre y talentoso Ministro de Hacienda don Manuel Rengifo.

La música de nuestro segundo himno patrio, se debe al notable maestro don José Zapiola, que fué el primer músico chileno que sobresalió en los años juveniles de la República. Había nacido en Santiago en 1802. A los 22 años de edad, fué a Buenos Aires, a perfeccionar sus aficiones y conocimientos musicales. Regresó a la patria en 1826 y como músico mayor del 7.º de línea acompañó al General don Ramón Freire en la Campaña de Chiloé.

Fué Director de orquesta de la primera Compañía Lírica que nos visitó en 1830 y veinte años más tarde, Director del Conservatorio Nacional de Música. Es autor de un himno a San Martín y de la Canción a la Bandera de Chile, letra de don Francisco Bello.

Fué regidor municipal; pero donde ha perpetuado su memoria es en un trabajo histórico de nuestra capital, modesto en apariencia, pero de un riquísimo valor para el estudio de la evolución progresista de nuestra metrópoli y es

el libro de consulta obligado para conocer Santiago Antiguo (1). Se titula "Recuerdos de treinta años (1810-1840)". La letra del Himno de Yungay es como sigue:

CANCION DE YUNGAY

Coro.

Cantemos la gloria
del triunfo marcial
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungay.

I

Del rápido Santa
pisando en la arena,
la hueste chilena
se avanza a la lid.
Ligera la planta,
serena la frente,
pretende impaciente
triunfar o morir.

II

¡Oh, Patria querida!
¡Qué vidas tan caras
ahora en tus aras
se van a inmolar!
Su sangre vertida
te da la victoria;
su sangre a tu gloria
da un brillo inmortal.

(1) Esta labor de tradiciones y anécdotas de José Zariola nos ha inspirado para escribir el libro en 3 tomos "Crónicas Históricas de las Calles de Santiago" que saludará al IV Centenario de la ciudad.

III

Al hórrido estruendo
del bronce terrible,
el héroe invencible
se lanza a lidiar.
Su brazo tremendo
confunde al tirano,
y el pueblo peruano
cantó libertad.

IV

Desciende, Nicea,
trayendo festiva
tejida en oliva
la palma triunfal.
Con ella se vea
ceñida la frente
del jefe valiente,
del héroe sin par.

CAPITULO VII

LA ESTATUA DEL GENERAL BULNES

Pago de una deuda de la gratitud nacional.— Antecedentes del Monumento.— Elogios del militar y estadista en el Senado.— Inauguración de la estatua.— Magistral discurso del Excmo. Señor Alessandri Palma.— Hermosas inscripciones en los costados del monumento.— Un libro conmemorativo

Estaba ya muy cercano el día en que debía celebrarse el Centenario del triunfo de Yungay, cuando la gratitud nacional pagó al heroico General don Manuel Bulnes su deuda de erigirle una estatua en uno de los parajes principales de la ciudad.

Tan oportuna idea demoró algunos años en realizarse desde la fecha en que el Congreso Nacional la acogió y decretó el homenaje.

El honorable senador don Gonzalo Urrejola, en la sesión del 2 de enero de 1929, pronunció en la Cámara Alta, un magnífico discurso recordando y elogiando los eminentes servicios prestados al país por este gran soldado de la Patria. Tuvo frases de amargura para comentar la desidia que significaba el incumplimiento de las leyes del 22 de junio de 1904 que lleva la firma del Presidente don Germán Riesco y del Ministro don Manuel Egidio Ballesteros, por el cual se ordenó erigir "una estatua ecuestre de bronce, en honor del General don Manuel Bulnes y la del 25 de julio de 1910, promulgada por el Vicepresidente don Elías Fernández Albano y su Ministro don Luis Izquierdo, que dis-

puso la colocación de la primera piedra de este monumento como número del programa de festividades del primer centenario de la República.

En esta oportunidad el honorable señor Urrejola hizo "una ligera excursión a través de la vida militar y de estadista del héroe, para pintar al hombre benemérito, que no tuvo inflexiones ni sombras, en su doble, como larga carrera.

Nacido en Concepción en los últimos días de diciembre de 1799, no pudo, por sus cortos años, figurar entre los que al grito de independencia ofrecieron a la Patria su contingente de esfuerzo y de sangre hasta 1817, en que los vencidos de Rancagua en 1814, volvieron a la brecha contra los ejércitos realistas en las memorables acciones de Chacabuco, de Cancha Rayada y de Maipú, que dió el golpe de gracia a la dominación en Chile.

Don Manuel Bulnes, hijo del capitán del Ejército español, de su mismo nombre, y de la señora Carmen Prieto, hermana del que fué después general y Presidente de Chile, don Joaquín Prieto, se enroló en 1817, contra la voluntad de su padre, en el ejército con que O'Higgins sitiaba a Concepción, como portaestandarte del Regimiento Cazadores a Caballo, formado por Freire.

Se halló en el asalto de Talcahuano, a las órdenes de Brayer; en los diversos combates de las fuerzas de O'Higgins y las Heras contra el bravo coronel Ordóñez, en Talcahuano, en Quechereguas, con Freire, y en Cancha Rayada y Maipú, con San Martín.

Vencido el ejército organizado realista en Maipú, marchó Bulnes a las órdenes de Freire hacia el sur a combatir a las fracciones de aquel ejército que, bajo distintos mandos, siguieron una guerra de sorpresas que causó algunos reveses a las divisiones chilenas. El coronel Lantaño, el corone! Picó, el caudillo Benavides que unía a la fuerza organizada montoneras de indios y los hermanos Pincheira, por último, mantuvieron en constante actividad a las divisiones chilenas, durante varios años.

Bulnes se encontró en casi todas las acciones libradas contra estas tropas irregulares. En Vega de Saldías, que produjo el desbande de las fuerzas de Benavides y su muerte,

en Gualaguaico y Niblinto contra las de Picó, en el mismo año 21. Durante 10 años casi ininterrumpidos, permaneció Bulnes en las regiones del sur, hasta concluir en 1831, con los temibles hermanos Pincheiras, iniciándose desde entonces una era de relativa tranquilidad en las asoladas provincias del sur de la República.

Este bravo oficial era, desde 1830, general, ganando cada grado por una acción de guerra y hubo de seguir como comandante en jefe del Ejército del Sur, en la ruda tarea de pacificación de los indios hasta 1838".

Puso término a su aplaudido discurso el honorable señor Urrejola, presentando a la consideración del H. Senado el siguiente proyecto de ley:

"Artículo único.— En atención a los eminentes y no interrumpidos servicios prestados al país por el benemérito general y Presidente de Chile, don Manuel Bulnes, se autoriza al Presidente de la República, por el término de dos años, para que invierta la suma de quinientos mil pesos en levantar una estatua ecuestre de bronce en honor de dicho general.

Este monumento se instalará en la Alameda de Santiago, frente a la calle Bulnes.

Los fondos que se destinen para esta obra se cargarán al presupuesto extraordinario de los años 1929 y 1930

Santiago, 2 de enero de 1929 — Gonzalo Urrejola".

Sobre esta moción recayó el siguiente informe de que se dió cuenta en la sesión del Senado celebrada el 22 de enero de 1929:

"Honorable Senado:

El senador don Gonzalo Urrejola, ha presentado recientemente una moción con la que inicia un proyecto de ley sobre la erección, en la ciudad de Santiago, de un monumento ecuestre de bronce que perpetúe la memoria del que fué ilustre Presidente y gran general de la República de Chile, don Manuel Bulnes Prieto.

Vuestra Comisión de Gobierno acoge con especial interés tan justa iniciativa y comparte todas y cada una de las razones que, en su abono, se aducen en el preámbulo de esta brillante moción.

Estima que la figura bien conocida de don Manuel Bulnes, y sobre todo, el completo estudio biográfico que sobre su personalidad hace el señor Urrejola, la eximen de tener que fundamentar su voto favorable a la idea que encierra el proyecto.

En cuanto a la manera de llevarlo a la práctica, ha creído conveniente reducir a 300.000 pesos el monto de la autorización e imputar este gasto a las economías que produzca la inversión de la deuda interna, autorizada por la ley N.º 4586.

En mérito de estas consideraciones, la Comisión de Gobierno tiene la honra de recomendar a vuestra aprobación el siguiente Proyecto de Ley:

“Artículo único.— En atención a los eminentes y no interrumpidos servicios prestados al país por el benemérito general y Presidente de la República de Chile, don Manuel Bulnes, se autoriza al Presidente de la República para que con cargo a las economías que produzca la conversión de la deuda interna, autorizada por la ley N.º 4586, pueda invertir hasta la suma de 300.000 pesos en hacer levantar en la Alameda de las Delicias de Santiago, una estatua ecuestre en bronce en honor de dicho ciudadano.

Sala de la Comisión, a 16 de enero de 1929. — R. Medina Neira — Nicolás Marambio M. — Artemio Gutiérrez — R. Sánchez — Manuel Cerda M. Secretario”

Con fecha 11 de febrero de 1929, se dictó la ley N.º 4.588 destinada a ratificar la ley de 1904 sobre erección de un monumento al General Bulnes. Dicha ley no fué tampoco ejecutada.

Correspondió al Presidente de la República don Carlos Ibáñez del Campo, promulgar la ley 4.588 de 11 de febrero de 1929, que finalizó la moción del señor Urrejola.

* * *

Quando por la ley de 1904 se autorizó la erección de la estatua, se pensó en llamar a concurso a los artistas nacionales para la elaboración de un anteproyecto y al efecto

se designó una comisión, presidida por don Gonzalo Bulnes (hijo del prócer) para que redactara las bases del torneo.

Habiéndose abandonado esta idea, la suma de cien mil pesos que había destinado el Gobierno para esta obra, fué enviada a don Ruperto Vergara Bulnes, Secretario de la Legación de Chile en España, a fin de que contratara allí a un escultor de renombradía. Anticipándose a este acuerdo de la comisión, el señor Vergara, ya había encomendado la ejecución de la maquette, al escultor don Mariano Benliure.

El Excmo. señor Alessandri, obtuvo los fondos que se necesitaban para terminar la obra escultórica; y entonces se consiguió que el artista Benliure permitiera que la estatua fuera fundida en los talleres de la Fundación Santa María, en Valparaíso.

* * *

Quiso el Excmo. señor Alessandri, dar al acto de inauguración toda la mayor solemnidad posible y se fijó para ello el día 11 de septiembre de 1937.

El hermoso y amplio sitio que con el nombre de Plaza de Bulnes se construyó en el terreno sur del Barrio Cívico, entre las calles de Gálvez y Nataniel, fué el lugar que se eligió para alzar el monumento, y que en la mañana del día fijado para la ceremonia de la inauguración se vió rodeado por una enorme concurrencia.

Cerrada la Plaza por cordones de carabineros, aquel sitio se transformó en un gran recinto donde se instalaron centenares de sillas, divididas en secciones que estaban destinadas, separadamente, al Gobierno, al Cuerpo Diplomático, a los senadores y diputados, a los ex parlamentarios, a los veteranos del 79, a los funcionarios públicos, a las colonias extranjeras, etc., Varios altoparlantes fueron colocados en sitios cercanos para la audición de los discursos.

Los cadetes de la Escuela Militar formaron guardia de honor a los pies del monumento que estaba rodeado por las brigadas de scouts.

Los cuerpos de la guarnición formados en sitios con-

venientes rendían los honores de ordenanza a S. E. el Presidente de la República y Ministros de Estado.

En la tribuna oficial el Excmo. señor Alessandri y su comitiva fueron recibidos por el Ilmo. y Rvdo. Arzobispo de Santiago, Monseñor José Horacio Campillo y el Alcalde de Santiago, don Augusto Vicuña Subercaseaux.

Un toque de corneta anunció que el ilustre mandatario iba a usar de la palabra. En efecto ante un micrófono S. E. dió lectura a un magistral discurso, que era la historia de la vida del general Bulnes y que fué transmitido por una cadena de radiodifusoras a todo el país y el extranjero.

Una vez que el Excmo. señor Alessandri dió término a su discurso y acallados los aplausos del público, el Primer Mandatario, acompañados de sus ministros, avanzó hacia el monumento y procedió a descubrirlo. Fué un momento de gran solemnidad. Las bandas de las unidades de la guarnición rompieron con los acordes del Himno Nacional, mientras que las tropas presentaban armas.

A continuación hizo uso de la palabra para pronunciar un conceptuoso discurso, el Comandante en Jefe del Ejército, General don Oscar Novoa Fuentes, y las bandas ejecutaron el Himno de Yungay, que fué coreado por los alumnos de los liceos y escuelas asistentes al acto.

Ocupó luego la tribuna el Alcalde de Santiago, don Augusto Vicuña Subercaseaux, para recibir en nombre de la ciudad y del municipio el monumento que se entregaba a la veneración pública.

Habló por último don Francisco Bulnes Correa a nombre de los descendientes del prócer, y en los acápites principales de su discurso dijo lo siguiente:

“Si me permito levantar mi voz, es sólo para cumplir un deseo de nuestro padre, de venerada memoria, a quien los designios de la Providencia lo privaron de la satisfacción de presenciar este acto, por él tantos años esperado.

Era su deseo, y él ha sido para nosotros un imperativo ineludible y sagrado, asociarse a la inauguración de este monumento a su padre muy amado, colocando bajo la custodia de la nación los trofeos que hemos tenido el honor de poner a disposición de V. E., —estandartes conquistados

en la Batalla de Yungay— y que en recordación de sus glorias se permitió conservar el vencedor de esa acción, y que guardados con religioso respeto por sus descendientes, han adornado por más de tres cuartos de siglo, su figura en nuestro hogar.

Recibidlos Excmo. señor, es la voluntad de mi padre, que sus hijos venimos a cumplir con la más honda emoción, la que los pone en vuestras manos; y, si nos fuera dado formular una petición, entregadlos señor, como era su deseo, al cuidado de la Escuela Militar, instituto en que se forman los llamados a ser la continuadores de la tradición de este Ejército de Chile que él tanto amó, y al estudio y exposición de cuyas glorias dedicó los mejores impulsos de su fecunda existencia.

V. E., a cuya acción se debe que este monumento sea hoy una realidad, ha de querer satisfacer este anhelo, como ya satisfizo el otro, de hacer grabar en el frontis de este pedestal la frase que mi padre siempre deseó que ocupara un lugar más destacado; esa honrosa declaración del general Bulnes al transmitir el mando presidencial: "El depósito sagrado de la Constitución, que os dignasteis confiarme ha pasado a otras manos, puro, íntegro, más digno que nunca de vuestra venación y amor".

A continuación agregó: "Una sola de estas consideraciones habían detenido a muchos, pero todas ellas juntas no obraron sobre él, que, con temple de acero, e inspirado en la más alta concepción de sus deberes cívicos, se lanzó a la lucha en las más desventajosas condiciones.

Su genio militar supo predominar nuevamente y Longomilla cerró en la Historia de Chile todo intento de sobrepone por las armas a los dictados de la Constitución y a la voluntad del país.

Rubricaba así dentro del más duro sacrificio, su línea invariable de desinterés y de civismo y esos rasgos admirables de su vida ciudadana los recuerdan otras de las inscripciones que, con feliz acierto V. E. dispuso para este pedestal:

—"Como soldado estoy al servicio de la ley, que me impone obediencia indiscutible e indiscutida en bien de la Re-

pública"—decía a sus fuerzas en vísperas de la acción que decidiría de la suerte de la contienda.

Y vencedor ya, renueva el mismo concepto de los deberes ciudadanos en su carta al Presidente de la República:

—"Lo que más me duele en esta campaña son las vidas preciosas caídas en la batalla de Longomilla". Pero ellas serán ejemplo vivo del poder de la Justicia y del Derecho cuando el soldado ha olvidado que tiene un corazón ciudadano que lo manda poner sus armas al servicio de la Constitución y de la ley".

* * *

La estatua ecuestre tiene por sus costados las siguientes inscripciones:

NORTE.—MANUEL BULNES, General en Jefe del Ejército de Chile.

Gran Mariscal de Ancach. — Presidente de la República. — 1841 — 1851.

"El depósito sagrado de la Constitución, que os dignasteis confiarme, ha pasado a otras manos, puro, íntegro, más digno que nunca de vuestra veneración y amor". (De su exposición al término de su mandato presidencial).

SUR.—Oficial en las Campañas de la Independencia.

Asalto a Talcahuano. — Quechereguas. — Cancha Rayada. — Maipo. — La guerra a muerte. — Las Vegas de Saldías. — General en Jefe de la campaña restauradora del Perú. — Huaras. — Matucana. — Puente de Buin. — Yungay. — Lima.

ORIENTE.—"Su gobierno fué señalado por grandes reformas administrativas y por inmensos progresos morales y materiales. Durante su administración se iniciaron en Chile todas las grandes empresas que elevaron a la República a un alto grado de adelanto que la distinguió de sus hermanas de América". (Barros Arana).

Incorporación de Magallanes al dominio de la República. Fundación de la Universidad de Chile, Fundación de las Escuelas Agrícolas, Bellas Artes, Artes y Oficios, Arquitectura, Conservatorio de Música, Escuela Normal de Preceptores.

Observatorio Astronómico, Ley de Régimen. Interior, Leyes de Colonización, Ley de Imprenta, Creación de la Oficina de Estadística, Levantamiento de la Carta Geográfica de Chile, Ley de Matrimonios de Desidentes.

PONIENTE.—General en Jefe en la campaña de defensa de las Instituciones en 1851.

Barros Negros — Longomilla.

“Como soldado estoy al servicio de la ley, que me impone obediencia indiscutible e indiscutida, en bien de la República”. (Proclama antes de la batalla de Longomilla, 8 de diciembre de 1851; había salido a campaña inmediatamente al término de su mandato presidencial).

“Lo que más me duele en esta campaña son las vidas preciosas caídas en la batalla de Longomilla. Pero ellas serán ejemplo vivo del poder de la justicia y del derecho cuando el soldado ha olvidado que tiene un corazón ciudadano que le manda poner sus armas al servicio de la Constitución y de la Ley”. (Carta al Presidente de la República a raíz de la batalla de Longomilla).

* * *

A los concurrentes a la ceremonia se les obsequió como recuerdo un libro conmemorativo del acto, con detalles de la vida del prócer, notables estudios sobre su personalidad, de brillantes escritores y descripción del monumento, etc., trabajos seleccionados por el distinguido literato e historiador don Guillermo Feliú Cruz.

SEGUNDA PARTE

MONUMENTO DEL ROTO CHILENO

CAPITULO I

LA ESTATUA EN LA PLAZA YUNGAY

Gratitud de la Patria a las proezas del Rcto.—El barrio y la Plaza de Yungay.—Un proyecto de arco de triunfo que no se realiza.—Obra artística del escultor Virginio Arias.—Solemne inauguración del monumento.—Recuerdos de este hermoso acto cívico.—Homenaje del pueblo a la cantinera Irene Morales.

El júbilo que irradió en el alma de los chilenos, el glorioso triunfo de Yungay, se tradujo en diversas ideas y proyectos para perpetuar el recuerdo de tan memorable acción guerrera.

Uno de los acuerdos gubernativos que tuvo pronta realización, fué denominar Barrio de Yungay, al sector rural que se extendía desde la Acequia de Negrete (Avenida del Brasil) hasta la Alameda de Matucana, que en esos años comenzaba a poblarse. En la manzana comprendida entre las calles de las Rosas, Santo Domingo, Sotomayor y Libertad, se formó la Plaza de Yungay que vino a reemplazar el proyecto de erigir un arco de triunfo que conservara la siguiente inscripción:

El Pueblo Chileno
consagra este monumento a la gloria
del Ejército de Chile,
que bajo el mando del General Bulnes
hizo la Campaña del Perú y triunfó en Yungay
en 20 de enero de 1839

Una vez construída la Plaza de Yungay, se trató de llevar a la práctica otra idea que había encontrado también entusiasta acogida: la erección en dicha Plaza de un estatua al Roto Chileno; pero, pasaban los años y esta deuda ya estaba pareciendo el "pago de Chile", cuando sobrevino la guerra del Pacífico y nuevamente el roto se cubrió de glorias en los campos de batalla. Entonces, la nueva explosión de entusiasmo, aceleró la realización del anhelado proyecto y se publicaron bases y bocetos, que fueron discutidos por la prensa local.

Por fin, entre los muchos discutidos proyectos presentados por nuestros artistas, el gobierno resolvió aceptar el del laureado escultor don Virginio Arias, que se encontraba en París, perfeccionando sus estudios: era el que mejor simbolizaba al soldado ciudadano, que con sus atrevidas hazañas había admirado el mundo.

Sobre este monumento hace la siguiente descripción el periodista don Luis Eduardo Chacón Lorca en su *Baedecker* de la República de Chile que publicó en 1910:

"Este monumento es un vértice de cuatro columnas que parten de la superficie de una pila imitando una tosca gruta con piedras sobrepuestas.

Sobre este pedestal descansa una estatua de 1 1/2 metro de altura que representa un hijo del pueblo en su traje característico de jornalero. Su brazo derecho sostiene un fusil y su mano izquierda se apoya en su cadera; su actitud es soberbia y desdenosa; a sus espaldas hay una gavilla de trigo con una hoz entre sus mieses.

En su frente, la estatua ostenta la siguiente inscripción:

—Chile agradecido a sus hijos por sus virtudes cívicas y guerreras".

La inauguración se efectuó el domingo 7 de octubre de 1888. Por diversos inconvenientes no pudo hacerse el 20 de enero, como se deseaba.

Una inmensa concurrencia llenaba totalmente las Avenidas de la Plaza de Yungay, y, al frente del Monumento, en una tribuna especial, tomó colocación la Comisión de Ornato de la Plaza de Yungay, que presidía el señor Regidor Municipal don José María Benítez.

El sitio de honor fué ocupado por el Intendente de la Proviencia, señor Don Prudencio Lazcano.

Inició el solemne, acto, con el siguiente vibrante discurso el Presidente de la Comisión de Ornato de la Plaza de Yungay regidor don José María Benítez.

“Señores:

Como encargado por la Comisión de Ornato de la Ilustre Municipalidad para terminar los trabajos de esta plaza, he sido designado para dirigiros la palabra.

Ya la patria agradecida ha tributado el homenaje de su gratitud a los héroes marinos que rindieron la vida en las aguas del Pacífico para mantener en alto la bandera de la República; se alza ya en las orillas de ese mismo mar que fué testigo de su sacrificio y de su gloria, el monumento que recordará a las generaciones venideras el más alto ejemplo de amor a la patria.

Igual deuda de gratitud había de pagar en breve la nación a los valientes caudillos que condujeron nuestras huestes a la victoria. Luego veremos levantarse un grandioso monumento al ejército.

Nada más justo señores, ni nada que eleve más el nivel moral de los pueblos que estas hermosas manifestaciones de amor y de admiración a los héroes de la patria, a los que llevaron nuestros valientes soldados, de jornada en jornada, hasta alcanzar el triunfo que hoy nos hace acreedores al respeto de los países civilizados de la tierra. Pero para completar esta obra de reparación, de justicia y de patriotismo, faltaba sólo levantar un monumento al soldado chileno, a ese valiente roto que, desafiando los peligros y arrostrando el hambre y la sed, cruzando candentes arenales y asaltando trincheras inexpugnables fué siempre victorioso, probando así al universo entero que dentro de su robusto pecho, late un corazón como el que deseaba que tuvieran sus legiones el primer Bonaparte para conquistar el mundo.

Sí, señores, ya era tiempo que pagáramos al roto chileno esta inmensa deuda de gratitud. A este objeto tiende la fiesta a que habéis concurrido hoy, aniversario glorioso tam-

bién para el hijo del pueblo que derramando su sangre en Rancagua, Chacabuco y Maipú, hizo brillar con luz refulgente la estrella solitaria de nuestro tricolor sellando la Independencia de Chile y dándonos patria y libertad.

Altísima honra y motivo de legítimo orgullo ha sido para mí el haber cooperado en la medida de mis escasas fuerzas a este nobilísimo propósito, que ha sido siempre la aspiración de nuestros corazones a la erección de este monumento que habrá de recordar perennemente a las generaciones futuras los altos hechos, las virtudes guerreras, la indomable energía y el sublime amor a la patria del hombre de trabajo, del desheredado de la fortuna, del humilde hijo del pueblo, de aquel que con su heroísmo sin ejemplo ha convertido un apodo, que pudo ser agravante en otro tiempo, en el más noble timbre de gloria y de honor al roto chileno.

Ahora corresponde a vos, señor Intendente, descorrer el velo que cubre esa estatua y entregarla al respecto y gratitud del pueblo”.

El Intendente señor Lazcano, al presentar descubierto el monumento a la multitud, frenética de entusiasmo, dijo:

“Señores:

Cábeme el alto honor de dirigiros la palabra con motivo de esta nobilísima fiesta. Ella no sólo significa un recuerdo de gratitud al soldado chileno, sino que por el sitio en que tiene lugar trae a la memoria hechos de armas que brillan en nuestra historia, y que serán repetidos al través de las edades y de las generaciones en todos los tonos del entusiasmo y de la admiración.

Chile, tranquilo y consagrado por completo a su reorganización, se descuidaba de sus vecinos, fiado en la fé de sus tratados.

El dictador Santa Cruz, hombre hábil y de una ambición desmedida, formó la liga del Perú y Bolivia, para perdernos, y fundar en la virgen América, un imperio, que él pensó dirigir, ciñendo sobre sus sienes la corona imperial.

Una división chilena mandada por el mejor de nuestros generales, desembarcó en el Perú, y después de audaces golpes,

derrotó completamente en el cerro de Ancach y a la vista del pueblo de Yungay al ejército unido, apartando para Chile y destrozando en jirones el manto de púrpura que el emperador americano había soñado llevar sobre sus hombros.

Santiago agradecido dió el nombre de "Yungay" a uno de sus mejores barrios. Es fama que a esta parte de la ciudad vienen los poetas a recibir sus inspiraciones y que en sus bosques de naranjos y limoneros tejen nuestras vírgenes sus coronas de azahares.

Cuarenta años de paz transformaron a Chile por completo, merced a la labor de sus hijos, tomando de las naciones más adelantadas sus leyes, sus inventos y sus descubrimientos.

De nuevo, ambiciosos caudillos hacen que naciones hermanas a las que dimos un día libertad, pacten nuestra ruina. El obrero chileno abandona las herramientas de trabajo con que tanto había engrandecido a su patria, para empuñar las armas del combate.

Diez batallas, que fueron otras tantas victorias trazaron nuevos límites a la República y ensancharon su territorio.

Se engañan los pueblos que creen que la paz y el trabajo enervan.

¡Quiera el destino que esta nueva era de labor en que todo el país está empeñado, no sea interrumpida por clarines de guerra, y que dominemos en el porvenir con la importancia de nuestro comercio antes de que por el filo de nuestras espadas!

"Pueblo laborioso, ¡adelante! Criad hábitos de economía y de sobriedad y ese será el único camino por el cual podréis llegar a todas partes, en este país de igualdad y de libertad.

"Desecha las falsas teorías. En Chile el amor puro sobra y el más allá no tiene barreras"

La banda de músicos del Regimiento de Granaderos tocó la Canción Nacional, que fué cantada por los alumnos de las Escuelas Públicas del barrio. En seguida la banda ejecutó el himno de Yungay.

A la concurrencia se le distribuyó profusamente un ejem-

plar de la letra del siguiente himno, para cantarlo con la música de la Canción de Yungay:

“AL SOLDADO CHILENO O HIJO DEL PUEBLO

Coro

Cantad, ciudadanos,
Hermanos, cantad,
Que hoy Chile al soldado
Levanta su altar.

Al bravo soldado
Valiente y audaz,
Que dióle a su patria
la aureola de paz.
Que lleva en el orbe
La palma triunfal,
De glorias chilenas
El hombre inmortal

El deja los goces,
La tierra y hogar,
Por irse a los campos
De guerra a pelear,
Manejando el arma
Con brío y soltura
Como la herramienta
De su agricultura

Al hijo del pueblo
Que infundió pavor,
Por su ira y proezas
de inmenso valor,
Que en cada combate
Gallardo en furor,
Clavó la bandera,
Flameó el tricolor.

Cantad ciudadanos.
Hermanos cantad,
Que hoy Chile al soldado
Levanta su altar.

Octubre, 7 de 1888.

L. J."

El malogrado literato y pedagogo don Enrique Nercas-seau y Morán, ocupó en seguida la tribuna y pronunció la pieza oratoria que va, a continuación:

"Esta estatua, señores, en que el cincel del artista ha modelado los perfiles rudos, pero enérgicos, del labrador de nuestros campos improvisado en soldado, es la glorificación en bronce de la metamorfosis que el patriotismo opera en todos los corazones cuando se toca la generala de la defensa de la patria, y será aquí duradero testimonio de que los trabajos y sacrificios del humilde soldado, merecen como las proezas de los grandes capitanes, la noble inmortalidad del bronce, que hace vivir como ejemplo y como aliento para ante las generaciones venideras.

Será también, ostentada en este hermoso sitio público, recuerdo constante de lo que debemos a las clases laboriosas de nuestro pueblo, e impulso de todas las horas para trabajar de consuno en la obra de mejorar su condición, ilustrando su mente, depurando sus costumbres, procurándoles hogares sanos donde la familia viva y crezca en salud y robustez. Creo que no hay deber que se imponga con estrictez mayor a las clases directoras y de fortuna que a par de velar por la educación de la inteligencia y del corazón de los hijos del pueblo, proporcionándoles escuelas, ocios honestos y buenos ejemplos, mejorar sus condiciones materiales de vida, para evitar así la tremenda mortalidad de párvulos y grandes, que es el constante azote de nuestras poblaciones.

Esa es la mejor inspiración, porque es la que viene conforme a las leyes de la naturaleza, y su aliento y desarrollo el mejor pago de la deuda que tenemos contraída con los desheredados de este noble pueblo.

“Por este modo, con generaciones sanas tendremos buenos padres de familia en el hogar, laboriosos industriales en la fábrica, robustos labradores en los campos, fuertes soldados en la guerra, activos ciudadanos en las labores civiles y de la paz; por este modo, tendiéndose mano amplia y benefactora, harásé menos dura de la ley de la desigualdad social, y se anidará en los corazones populares no esa especie de sordo rencor del que nada tiene contra el señor opulento, sino al reconocimiento que no humilla, y que está muy cerca del cariño que une y de la fraternidad que alienta y fortifica.

¡Ojalá señores, que esta estatua, que inmortaliza al labriego trocado en soldado heroico, nos recuerde todos los días y a todas horas, a grandes y a pequeños, a las autoridades y a los simples ciudadanos, la obligación estricta que nos cabe de contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a mejorar la condición del pueblo! ¡Ojalá también que esta glorificación del servidor humilde, del héroe oscuro, sin nombre y sin familia, pero esforzado y grande, sea el principio de la era de justicia en que le reconozca todos sus derechos ante la ley, en que se le trate como elemento igual en la sociedad, y como hermano ante la conciencia y ante Dios”.

Pronunciaron, también hermosos discursos el regidor don José Ramón Ballesteros y el prestigioso vecino don Manuel Jesús Herrera Sotomayor.

Terminó tan patriótica fiesta, con un simpático ejercicio de esgrima a la bayoneta, efectuado por una de las Escuelas Públicas concurrentes al acto, la N^o 3.

* * *

La nota más oportuna y simpática de aquella inolvidable ceremonia, fué seguramente la presencia de la heroica cantinera Irene Morales, humilde y desvalida mujer que había hecho un gran esfuerzo para abandonar su lecho de enferma, momentáneamente, a fin de concurrir a este significativo acto patriótico.

La popular cantinera estaba confundida entre la multitud; pero cuando el pueblo la reconoció, la colmó de atenciones y la hizo objeto de una ruidosa ovación.

CAPITULO II

LAS FIESTAS DEL 20 DE ENERO

Tradicional entretenimientos populares.—Ventas de frutas, flores y refrescos en la Plaza de Yungay.—Fondas y chinganas en las calles adyacentes.—Homenajes internacionales y de instituciones obreras

Al año siguiente, de inaugurado el Monumento del Roto Chileno, se inició la tradicional fiesta del 20 de enero, que anualmente se viene celebrando con mayor o menor entusiasmo, en la Plaza de Yungay y sus alrededores.

Desde el atardecer de la víspera, los contornos del paseo son ocupados por ventorrios de frutas, flores, refrescos y horchata con malicia, como continuación de las verbenas de Pascua y Año Nuevo, que antiguamente se celebraban a lo largo de la Alameda (Avenida Bernardo O'Higgins) y como las avenidas del paseo se hacen estrechísimas por la afluencia de gente que concurre de todos los sectores de la ciudad, en las calles atravesadas que convergen a la Plaza se levantaban carpas y se improvisaban fondas y chinganas donde se cantaban tonadas criollas y se bailaba cuecas con tamboreo y huifas, bien remojadas con ponche en leche, o de palos de culén.

Hasta hace pocos años, se mantuvieron estos entretenimientos populares, que la estrictez de la legislación sobre expendio de alcoholes ha desterrado, despojando a las celebraciones patrióticas de ese ambiente criollo y pintoresco en que la alegría del roto y la china se confundían con el amor

a la Patria que despertaban las banderas y gallardetes tricolores que flameaban al viento, recordando las proezas de los patriotas chilenos!

Ultimamente, se están celebrando los 20 de enero con misas de campañas, entretenimientos populares para los niños y funciones de biógrafos al aire libre, que han venido a reemplazar a los famosos títeres de Samuel Tapia, los palos encebados, los globos de grotescas figuras, los fuegos artificiales y las maromas de los circos chilenos con sus payasos que enardecían los ánimos del auditorio con sus canciones impregnadas de patriotismo y de sabor criollo.

* * *

La celebración del 90 aniversario de la batalla de Yungay, dió en 1929 caracteres extraordinarios a las tradicionales fiestas del 20 de enero y los carabineros toleraron la instalación de fondas con expendio de ponche en leche, lo que llevó esa noche a la Plaza de Yungay y calles adyacentes un público desbordante.

En una de esas chinganas se instaló un roto auténtico, vivaz, charlador y tallero que entretenía a la concurrencia con sus dichos humorísticos y oportunos.

Con voz de payador decía:

Bajo mi cielo sereno
 Donde no hay un arrebol,
 Bajo los rayos del sol
 Nació este roto chileno.

* * *

En diversas oportunidades el Roto Chileno ha sido visitado en su estatua por delegaciones populares de países hermanos.

Al año siguiente de la inauguración del Monumento, a fines de enero de 1889 nos visitó el Príncipe Heredero del entonces Imperio del Brasil, Leopoldo Augusto, que viajaba con el grado de teniente a bordo del "Almirante Barroso". Una delegación del barco brasileño vino desde Valpa-

raiso a esta capital y en la Plaza de Yungay rindieron los marinos un sentido y cálido homenaje de confraternidad americana al invencible Roto-Soldado de la raza chilena.

* * *

El celo de confraternidad, desplegado en nuestro país por el delegado de las Asociaciones obreras peruanas don Víctor A. Pujazón, secundado por un entusiasta y desprendido industrial gráfico chileno, don Arturo Flores Vargas, inspiró la organización del Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latino Americano cuyo primer fruto fué un nuevo acercamiento entre los trabajadores del Mapocho y del Rimac.

Cuando en 1913, vino a Chile para las festividades patrias de septiembre una delegación peruana a retribuir la visita que le hiciera una delegación obrera chilena el 28 de julio de ese año, aquellos delegados fueron portadores de una artística placa de bronce, fundida en la Escuela de Artes y Oficios de Lima en Agosto de 1913 y destinada a ser colocada al pie del Monumento al Roto Chileno. Se trataba de pagar un análogo acto de cortesía internacional de los delegados chilenos, quienes también habían llevado al Perú una hermosa placa de fierro fundido, fraternal y delicado obsequio de los ferroviarios chilenos a sus congéneres peruanos.

El Presidente de la Delegación Peruana don Víctor A. Pujazón hizo entrega de su placa, al Presidente de la Delegación que había ido a Lima, diputado don Lindorfo Alarcón Hevia en una solemne velada que se celebró en la Sociedad Empleados de Comercio de esta capital.

El señor Alarcón la conservó en su poder hasta el día de su solemne colocación.

Dos años después en 1915, se aprovechaba el programa de nuestras fiestas patrióticas septembrinas para efectuar la colocación en el Monumento, de la ofrenda de los obreros peruanos.

A las diez de la mañana del Domingo 19, hora en que la Plaza de Yungay se encontraba invadida por una nume-

rosa concurrencia, el Alcalde de Santiago, don Washington Bannen, presidió una hermosa asamblea teniendo a su alrededor al 2º Alcalde don Juan B. Martínez, al regidor don Vicente Adrián, a los diputados don José Ramón Herrera Lira y don Paulino Alfonso, y a las personalidades dirigentes del Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latino Americano, a numerosas sociedades obreras, a los Veteranos del 79, brigada de Scouts, etc. Amenizaba la fiesta la magnífica banda de los Talleres de San Vivente de Paul, bajo la batuta de su gran director Mr. Jorge Triat.

El acto se inició con un sobrio, pero entusiasta discurso del delegado ferroviario que había participado en la visita a Lima, don Exequiel Jiménez.

Al descorrerse el velo que cubría la ofrenda, se presentó a la vista del público una artística placa de bronce, representando una alegoría al Trabajo y la Paz, que ostenta el sol peruano y nuestra estrella solitaria. La inscripción dice:

“Los obreros del Perú a sus compañeros de Chile —
18 de Septiembre de 1913”

Hablaron a continuación, el 1.º Alcalde don Washington Bannen, recibéndose de la placa a nombre de la ciudad; el Delegado obrero peruano, permanente en Chile don Víctor A. Pujazón; el abogado, periodista y delegado de las Sociedades Católicas don Misael Pradenas y el parlamentario don Paulino Alfonso que, instado a hablar por la concurrencia, pronunció una brillante improvisación cantando al Sol de Septiembre y a la confraternidad de los pueblos de Chile y el Perú. El señor Pujazón dijo en su discurso:

“El bronce, que desde hoy día queda expuesto al proletariado chileno, y que su inauguración ha revestido los caracteres de una fiesta imponente y memorable, debido a la gentileza de las dignísimas autoridades políticas y municipales de la capital y al entusiasmo patriótico de las prestigiosas sociedades obreras, que honran este acto luciendo sus pabellones sociales, es el exponente más sincero de las sociedades obreras de Lima, el Callao, Arequipa, Cuzco y Junín, de lo que sienten y piensan aquellas colectividades, según su moderna organización y las orientaciones que an-

helan para un futuro próximo, dentro de un acuerdo armónico con las demás colectividades obreras hispanoamericanas y de manera especial, con las de la República de Chile, por ligarnos a ella, vínculos de sangre, vecindad inmediata, comunidad de ideales, conveniencias terrestres y marítimas, intercambio de nuestros productos, todos, factores que tienden exclusivamente al mejoramiento de los obreros de las dos Repúblicas.

Mayor importancia tiene, y por ello nuestra gratitud, la colocación del símbolo peruano, en este monumento que evoca la genuina personificación del noble y abnegado hijo de este pueblo, y en un paseo, cuyo nombre es el recuerdo de luchas gloriosas en el pasado, en que, peruanos y chilenos afianzaron las libertades cívicas.

Toda esta manifestación de confraternidad, es obra de los hijos del trabajo, tanto en Santiago, como en Lima".

Terminó tan hermoso y patriótico acto, con un entusiasta desfile de las corporaciones, scouts y pueblo por el frente de la estatua.

En uno de los diarios de esta capital, se publicó la siguiente poesía, alusiva a la placa:

"FRATERNIDAD"

(Colocación de la Placa de los hijos del Perú en el monumento de la Plaza de Yungay)

Bajo sólido cimiento
Se entrelazan placenteras,
Adornando un monumento,
Como eterno juramento
Las dos hermosas banderas.

Hoy peruanos y chilenos
Se dan fraternal abrazo,
Para seguir como buenos
Formando en los patrios senos
Un indisoluble lazo.

Ya dos pueblos generosos
Han borrado la frontera,
Para seguir animosos
Conservando respetuosos
Estrecha amistad sincera.

El recuerdo del pasado,
Voló . . . para no volver
Es hoy pueblo respetado,
Como hermano idolatrado
El enemigo de ayer!

Ambos pueblos convencidos
Que la paz es gran victoria,
Han luchado decididos,
Para levantar unidos
Un pedestal en la historia.

José Daniel Cáceres
(Chileno)

Santiago, septiembre 19 de 1915''.

* * *

En 1930, los trabajadores que formaban el Congreso Social Obrero y la institución denominada Crac (Confederación Republicana de Acción Cívica) aprovecharon la conmemoración del 21 de Mayo, para enaltecer el patriotismo del pueblo y en romería, encabezada por una banda de músicos llegaron hasta los pies de la estatua del Roto Chileno y colocaron una corona de bronce, conmemorativa.

TERCERA PARTE

***CANTOS A LAS PROEZAS DEL
ROTO CHILENO***

(Antología de poesías y versos populares que se han publicado elogiando las cualidades del roto chileno, esforzado en el trabajo, valiente en la guerra y generoso en la paz.)

A LOS VENCEDORES

(Carlos Walker Martínez)

Honor a los que vuelven del campo de la gloria
trayendo de laureles ceñido el tricolor!
Salud a los que vienen después de la victoria
a recoger tributos de eterna admiración.

Bizarros paladines sin miedo y sin mancilla,
luchando como buenos cumplieron su deber,
y de inclementes playas en la remota orilla
con sangre están marcadas las huellas de sus pies.

En su epopeya santa no hay página mezquina,
no hay sombras en su cielo de immaculado azul;
que todo, todo en ellos, es la expresión divina
del noble sacrificio que inspira la virtud.

De su brillante genio nada detuvo el vuelo,
heroicos en la tierra y heroicos en el mar;
y a su impetuoso paso estremecido el suelo
se abrió como las nubes cruzando el huracán.

Qué mucho que al contacto de sus robustos brazos armados con el rayo de acero vengador, exánime, humillada, cayera hecha pedazos la voluptuosa Capua del Mundo de Colón? . . .

No fué codicia torpe de un palmo más de tierra, no emulación pequeña de antagonista vil, lo que movió en nosotros el ímpetu de guerra, lo que agitó en nosotros la indignación viril.

Fué el guante recogido del temerario insulto, fué la razón solemne de la honra nacional, fué de la Patria enérgica el religioso culto de nobles tradiciones, de altiva dignidad.

¡Oh, sí! Porque estos valles de clima delicioso no dan abrigo a víboras de ponzoñosa hiel; ni crece en nuestros bosques el árbol venenoso, ni el vicio en nuestras almas asienta su poder!

Por eso, cuando herido se siente el patriotismo, se eleva en esta tierra la justa indignación al generoso extremo de altísimo heroísmo al término sublime de santa abnegación.

Así de nuestros Andes en el profundo seno se agita, estremeciéndolos, el fuego del volcán; así revienta el rayo cuando retumba el trueno allá en las tempestades del Cabo del Pilar!

—“Honor, virtud, justicia”:— he ahí el precioso lema que ostenta, entre sus pliegues, de Chile el Pabellón; he ahí por qué su historia conviértese en poema y su soldado en mártir, y en mártir vencedor!

Del león cuando amenaza terrible es el acento; de nuestros escuadrones terrible es el clarín cuando, a la voz de carga, más rápidos que el viento jinetes y caballos se lanza a la lid.

El yatagán del roto relumbra embravecido.
Vedlo; cómo camina la mortandad con él!
con él el juramento de nunca ser vencido!
Quién puede del torrente la furia contener? -

Mirad cual se refleja la luz de lo infinito
sobre esa férrea hueste que, al pie de su cañón,
semeja una muralla de colosal granito,
en cuya cima ostenta su lampo en tricolor.

Cubre de bellas flores su senda victoriosa
y ríndeles ¡oh pueblo! veneración triunfal;
que alumbra su camino tu estrella esplendorosa,
tu estrella que por ellos no se eclipsó jamás!

Pues vuelven de la patria a los abiertos brazos
a reposar sus frentes tostadas por el sol,
estrecha en su homenaje los cariñosos lazos,
y el premio esté a la altura de la inmortal acción.

Porque es común a todos la heroicidad sagrada,
ninguno vale menos, ninguno vale más;
ni hubo mancilla indigna para ninguna espada,
heroicos en la tierra, heroicos en el mar! . . .

Honor a los que vuelven del campo de la gloria
trayendo de laureles ceñido el tricolor!
Salud a los que vienen después de la victoria,
a recoger tributos de eterna admiración.

EL ROTÓ CHILENO

Antonio Bórquez Solar

Yo soy el Roto chileno
bravo y prudente a la par,
bravo en los tiempos de guerra,
prudente en tiempo de paz.

Soy el mismo que hace siglos
hizo su nombre tronar
desde un extremo de América,
por invencible y audaz.

Mi sangre, sangre araucana
y noble peninsular,
me hicieron fuerte y bravío,
de cien campañas capaz.

La altivez de mis montañas
y la blandura del mar
iguales en mí se aúnan,
iguales en mi bondad.

¡Mas cuidado si se turba
con el viento el hondo mar
y si sopla en mis montañas
airado el puelche o terral!

Porque este Roto, incansable,
silencioso, al trabajar
más resistente que un roble,
taciturno a veces más,
resignado y obediente
en el campo y la ciudad,
si le provocan se cambia
en una furia infernal.

Entonces orilla mi corvo
con un siniestro brillar,
y soy león de una garra
más filuda que un puñal:
mi corvo, mi única garra
ante quien tiembla Satán.

Un día me vino en ganas
de hacerme libertador

y corté a golpe de corvo
una Confederación .

Día brillante de gloria
que lucirá más que sol,
el de Yungay, en que libres
hice a dos naciones ¡yo! . . .

Dimos los rotos chilenos
tantas pruebas de valor,
que el enemigo ha creído
que nos empujaba Dios.

Ni el anchuroso desierto,
ni el hambre, ni sed, ni calor,
nos afligieron un punto,
ni apagaron nuestra voz .

Pasamos los arenales
bajo las flechas del sol,
cajada la bayoneta,
terrible fué el encontrón .

La carga de Granaderos
todavía más atroz,
fué la de los mil demonios:
no dejó ni un batallón .

Y cuando alzamos la vista,
aún no apagado el furor,
vimos triunfante en la cumbre
con indecible emoción,
como flameaba orgulloso
el querido tricolor,
y su estrella solitaria
parecía un corazón;
el corazón de la patria
lejana nos pareció

y todos juntos gritamos
un ¡Viva Chile! a una voz...

Dijo esto el roto chileno
que está en la Plaza Yungay
sobre el zócalo de piedras
con apostura marcial...

Mujeres y hombres del pueblo
le saludaban al pasar.
Las mozas guapas quisieran
bajarle del pedestal
y coronarle de flores
y luego con él bailar.

Bulle el pueblo en todas partes,
de hora en hora aumenta más,
grita, llama, canta, dice,
y corre y anda sin parar.

Y en el tablado unos músicos
comienzan su festival.
Vuelan cintas de colores,
tricolores un millar.

Luego el pueblo delirante
¡cueca! se pone a gritar
y el grito ¡cueca! resuena
lo mismo que tempestad.

La banda comienza entonces
el alegre preludio,
y la pareja en el baile
zapatea, vuelve y va.

El es un mozo soldado
de negro y hondo mirar,
y ella una fresca muchacha
toda voluptuosidad.

Cuando concluye la danza
el gentío aplaude más
y la pareja se marcha.

Nadie sabe adónde va,
Y al ver al Roto chileno
que en su zócalo no está,
dice otro roto ladino:

—Se fué mi amigo a gustar...
No importa una vez al año!
¡Ya mañana volverá!

EL ADIOS DEL INQUILINO

(Eduardo de la Barra)

Adiós! Patria, tan querida,
como fuiste de cruel,
se va llorando al dejarte
quien no ha volverte a ver.

Aquí mis padres vivieron,
aquí mis hijos también,
y a la sombra de una cruz
descansa aquí mi mujer.

Murió la pobre de pena,
y yo solo me quedé,
que a mi hija la hicieron humo
el amo, el cura y el juez,

.....

Junto al rancho de mi abuelo
yo la tierra cultivé
desde niño, con mis padres,
y con mis hijos después.

Fieles siempre a los patrones,
el sudor de nuestra sien
regó sus campos feraces
a la par del manso buey .

Nuestra fuerza inagotable
les dió la abundante mies;
las mieses fueron dinero
y el dinero fué poder .

Jamás, en cambio, tuvimos,
donde reposar la sien,
que ni palmo de este suelo
de los inquilinos fué!

Un día el clarín de guerra
en nuestros campos sonó;
todos de pie nos pusimos,
dejó de segar la hoz .

Nuestra madre está en peligro!
claro el clarín repitió,
y al escucharlo en tropel
no fuimos siguiendo el son .

.....

Yo tenía siete hijos;
ni uno sólo me quedó . . .
Ay! Perecieron los siete . . .
prendas de mi corazón!

Los siete en suelo extranjero
por la Patria duermen hoy,
que los siete se alistaron
con fiera resolución .

Ellos marcan con sus huesos
todos los campos de honor
donde flameó victorioso
nuestro invicto tricolor.

Mi pequeñito fué el último
que a la vida dijo adiós! . . .
Murió tocando; a la carga!
en San Juan, donde cayó

Era tan niño que apenas
podía con el tambor . . .
Bendito seas, mi hijito! . . .
Ya la patria te olvidó! . . .

Todos valientes murieron;
téngalos en gloria Dios,
que su viejo aquí los llora
solo en el mundo . . . Oh dolor!

.
.

Cuando a mi hija me robaron,
y con ella el corazón,
me fuí a las tierras de Arauco
a buscar consolución.

Allí establecí mi ruca,
y un francés me la quitó,
para dársela a un colono
a nombre de la nación.

De mi casa despedido,
a rodar tierras me voy:
Chile se dá a los extraños,
pero a los chilenos, no!

Yo tenía siete hijos:
ni uno solo me quedó! . . .
Hoy no tengo hogar . . . oh, patria;
adiós, para siempre adiós!

Adiós! . . . Pero si me llamas
a que muera por tu honor,
sin escatimar mi sangre,
te diré: Patria, aquí estoy!

EL SOLDADO CHILENO

(José Antonio Soffia)

Como sigue la madre cariñosa
en el peligro al hijo idolatrado
sigue la patria a la legión gloriosa
que defiende su nombre immaculado.
Y mientras esa hueste no reposa
por coronar el triunfo comenzado
la patria que le fía su bandera,
su arrojo aplaude y su victoria espera!

Con ella está su vida, está su alma;
el porvenir depende de su suerte,
y no hay un corazón que lata en calma
ni un brazo que en la acción no quede inerte.
Por darla, el adalid gloriosa palma
en su valor se olvida de la muerte
y vuela cada cual de audacia lleno
a cumplir su deber como chileno!

El patriótico amor todo lo inflama
y todo lo interesa en su destino:
dones sin fin la caridad derrama
y la ciencia le muestra su camino.
El arreo marcial borda la dama

y en hilas de su ajuar convierte el lino,
mientras la religión con voz austera
a la patria bendice y su bandera!

Por eso, sin que nadie se lo indique,
si el bélico tambor a la lid llama,
del soldado el ardor no encuentra dique
y el arduo puesto del deber reclama.
Indomable con Prat muere en Iquique,
se bate . . . cual se bate el Atacama
cae herido entre mil . . . mas ve expirante
que siempre Chile se alzar  triunfante!

Y es su orgullo morir por esta tierra
que así sabe cumplir con sus deberes,
que a nadie teme, ni su hogar le cierra
y en el trabajo olvida los placeres;
que invita al enemigo a heroica guerra,
que no ofende cobarde a las mujeres;
y que huyendo del fraude y la mentira,
sólo a ser grande por su esfuerzo aspira.

Gloria al hijo del pueblo soberano,
que hinchado de patriótico ardimiento
por defender a Chile muere ufano,
sólo de herir y de triunfar sediento.
En honra del soldado ciudadano
alce la patria el digno monumento
que diga al que por ella d  la vida:
"al soldado, la patria agradecida"!

El le d  con su sangre la victoria
y es por eso también que vale tanto;
sublime el sacrificio hace su gloria,
y el alto fruto de su esfuerzo es santo!
Ya para el enemigo es ilusoria
toda esperanza de defensa! . . . Espanto
tanta audacia le da! De terror llena
su manchada conciencia lo condena!

Nuestra es la gloria y suya es la vergüenza
No es honra herir para volver la espalda
en cuanto el bronce a exterminar comienza,
sin aguardar del triunfo la guirnalda!
No ceja el bravo sin que muera o venza!
Lo vió el desierto en su desnuda falda,
lo vió Pisagua en su escabrosa cima,
y luego ¿por qué no? . . . lo verá Lima.

Ya el tricolor bien sabe ese camino!
El fué a dar a esa tierra independencia
y domeñar después le ordenó el sino
de la invasión extraña la insolencia.
Tercera vez! lo quiere su destino!
del chileno sabrá la prepotencia,
que evocará sus lauros de otros días
para vengar insidias y falsías!

Combatir por la Patria, esa es la Gloria!
Luchar hasta morir como soldado
invencible titán de nuestra historia,
sostén el tricolor inmaculado!
Siempre alumbre su estrella la victoria
y luz del Porvenir sea el pasado;
él supo dar a Chile un nombre puro:
grandeza y majestad sea el futuro!

EL PONCHO

(Carlos Acuña)

Lo tejieron las manos de mi chiquilla,
la misma que me tiene muerto de amores,
y, al sol, como una erada llena de flores,
cuado me lo echo al hombro, su trama brilla.

Cuando monto el mulato para la trilla,
el viento arremolina sus mil colores,
y, amarrado en el brazo, ni los mejores
me han probado la sangre con la cuchilla.

El me sirve de almohada en las noches duras,
cuando se duerme al raso en la cordillera,
bajo el toldo sereno de las alturas.

Y cuando así lo pongo, yo me dijera
que mi poncho, al oído, tenue murmura:
—Piensa en la dulce niña que me tejiera.

DE VUELTA DE LA PAMPA

(Carlos Pezoa Véliz).

En la apacible alegría
de este crepúsculo claro
muere santamente el día;
aquí, allá, prende una guía
o repercute un disparo.

Ya no hay carros en la pampa;
la huella se alarga; en ella
la mula su paso estampa,
y asoma una que otra estrella
cual si ansiara ver la pampa.

O pasa el peón hacia abajo,
acariciando el orgullo
que naciera junto al tajo;
si él ha sido del trabajo,
el trabajo ha sido suyo.

Ya la bocina no exhala
silbos, ni hay brazos suspensos

sobre combo, cuña o pala.
Inmensa paz tiende el ala
sobre los llanos inmensos...

Ya se han ido los muchachos
del convoy... Los han seguido
los robustos dicharachos,
las barretas, los capachos,
las barretas... Ya se han ido.

Sólo el bravo Pedro Ureta
no descansa: cava, suda,
rompe la llanura escueta
y sepulta su piqueta
bajo la costra nervuda.

Y en la apacible alegría
de ese crepúsculo claro
va a encender la última guía,
pues que es el último día
y es el último disparo.

Mañana vendrá el lastrero
que sale al sol de Calama;
él será en partir primero:
irán con él su dinero,
su brazo fuerte, su fama.

Cinco años ya de servicio!
Granja, Puntunchara, Noria...
Se hizo indiferente al vicio:
la pampa era el sacrificio
y era también la victoria.

Quiso poner a la vida
ojo de águila, de buitre:
quiso arrancar su guarida
del campo a la enardecida
pampa que esconde el salitre.

Quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;
odiaba a ese aventurero
que hedía en el mundo entero
con su vicio y su miseria.

Quiso luchar con la tierra
aunque ladrara la envidia;
como quien todo destierra,
hasta a la huelga hizo guerra:
la huelga era la desidia.

Y así pasaron cinco años
de arrancar tierra y salitre.
No aceptó amigos de extraños:
sus ojos por siempre huraños,
fueron de águila, de buitre.

Cinco años sobre la pampa
salitrosa, en la batea
donde el agua vieja estampa
huellas agrias, o en la pampa
que calcina, que llamea.

Cinco años ya, paso a paso
Granja, Cataluña, Palma
Pernocta a campo raso
y la fatiga en el brazo
y la fatiga en el alma

... Ahora volverá. El costrero,
cuyo rostro el sol demacra,
vuelve, y con él su dinero,
casi como un caballero
próximo a patrón de chacra.

Hoy ya es el último día
de labor por estos llanos:

lo esperan allá, la guía
del patrón, la algarabía
de los Domingos aldeanos.

Cuando van los campesinos
jinetes a la parroquia,
cuando el órgano argentino
noblemente su divino
misticismo soliloquia.

Volverá al huerto, al torrente,
al viñedo, a la montaña
donde el tronco omnipotente
desenrosca gravemente
la indefinible mañana.

Allá espera la más cuca
de las chicas, la más bella;
la espera el campo, la ruca,
la pintoresca tierra
donde jugaba con ella...

Allí donde la alegría
del trabajo nunca muere
él comprará su alquería:
en pos vendrá la que un día
será suya, si Dios quiere.

Tendrán sus cachorros sanos:
crecerán a campo llano.
Membrudos, sobrios, vaqueanos,
sabrán fecundar los llanos
y abocar a un potro el freno.

Para ser padres un día,
para extender su labranza
como se extiende la guía;
para ser fuerza, alegría,
prosperidad y esperanza.

Para honrar la tierra amable
con vida fecunda, tersa;
para extirpar lo execrable
con el lema irrevocable:
"por la razón o la fuerza".

Y ser grande cual los ríos;
tercos, altos como robles;
como la nevada fríos;
como los potros bravíos,
como la montaña nobles.

Así aumentará esta raza
de los rústicos Ureta,
cuyo padre, a pampa rasa,
logró fortuna no escasa
de su brazo y su barreta.

Que en cinco años de servicio
desde Puntunchara a Noria,
puso el hombro al sacrificio:
era un hombre; venció al vicio
y hoy es suya la victoria.

LOS ODA A POROTOS

(Mendiluce)

Suculento poroto,
alimento eficaz del pobre roto,
¿pensaste tú algún día
que un bate, aunque infeliz te cantaría?
Nadie, nadie de ti se compadece,
¡oh, ingratitud traidora!
ningún poeta su laúd te ofrece
y hasta el menos hambriento te devora.
Mas yo cantarte quiero

aunque esté de las musas maldecido
que si no puedo hacerlo como Homero
lo haré como cristiano agradecido.

Los porotos, señores,
según lo afirman yo y los doctores,
son el plato precioso, necesario
del gañán y del obrero
que sandio y altanero
desprecia el opulento millonario.

¡Qué fuera de los rotos
si no existieran los porotos!

¡Y qué de los porotos
si no existieran los rotos!

En los siglos pasados si no miento
todo el mundo el frejol ambicionaba
y ninguno, señoras, despreciaba
tan barato alimento.

Y en el siglo presente,
sin haber una causa suficiente
de la mesa del rico se le excluye
porque lo consideran indigno de la altiva aristocracia.
Sin embargo,
cuantos beneficios

se le deben al poroto únicamente,,
de cuantos hambrientos

ha salvado el poroto a tanta gente,

¿Y Chile, el bravo Chile
olvidará la multitud de bienes

que al poroto en buena hora
cual savia bienhechora

generosa en su pueblo ha derramado? . . .

Y ya que viene de molde en este asunto,

sin entrar en examen más prolífico;

el triunfo de la guerra del Pacífico

¿a qué se debe, yo pregunto?

¿Por qué nuestros soldados

combatieron con ese ardor que los cubrió de gloria?

¿Cuáles fueron las causas que le dieron

tan nutrida victoria? . . .

No fueron, no, las armas que llevaron
ni la astucia que en ella desplegaron
fueron los porotos solamente.

AL ROTO

(Con motivo de su monumento)

Anónimo

Pobre a la guerra partió;
Pobre de la guerra viene,
Porque idolatría tiene
A la patria en que nació.
Si en el campo le tocó
Caer a golpe tremendo,
De la lid entre el estruendo
De su suerte no maldice,
All caer ¡Viva Chile!, dice,
Muere a Chile bendiciendo.
Si a la patria vencedor
Vuelve, deja uniforme,
Y se retira conforme
A continuar su labor.
No espera honra ni loor;
Mas, si tocan a rebato,
Sin patriótico aparato
Irá a luchar como bueno,
Y es porque el roto chileno
Siempre imita a Cincinato.

Triste y hambriento, el soldado
Llega a los chilenos lares,
¿Trae recuerdos? ¡Pesares!
¿Viene contento? ¡Cansado!
Porque en pago se le ha dado
De su noble abnegación,
Miseria, heridas, baldón,

Y vergüenza y desnudez . . .
Y él grita una y otra vez;
¡VIVA CHILE, mi nación!
¡Grita, roto! que en tu grito
Vibra el entusiasmo ardiente
Que habrá de dar a tu frente
Lauro inmortal y bendito . . .
Yo no sé dónde vi escrito
En letras color de cielo
Que eres de Chile el consuelo,
El refugio, la esperanza . . .
Avanza, rotito avanza,
Que Dios premiará tu celo.

INDICE

	Págs.
DEDICATORIA	5
PROLOGO	7

PRIMERA PARTE

(Campana Restauradora del Perú-1837-1839)

CAPITULO I.—La Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana	13
CAPITULO II.— El Combate Naval de Casma	19
CAPITULO III.—La Batalla de Yungay	22
CAPITULO IV.— Recuerdos históricos del triunfo de Yungay	32
CAPITULO V.—Regreso de los Vencedores	36
CAPITULO VI.—El Himno de Yungay	43
CAPITULO VII.—La Estatua del General Bulnes	46

SEGUNDA PARTE

(Monumento del Roto Chileno)

CAPITULO I.—La estatua de la Plaza de Yungay	57
CAPITULO II.—Las Fiestas del 20 de enero	65

TERCERA PARTE

(Cantos a las proezas del Roto Chileno)

Antología de Poesías. Versos Populares	73
A los Vencedores (Carlos Walker Martínez)	73

El Roto Chileno (Antonio Bórquez Solar)	75
El Adiós del Inquilino (Eduardo de la Barra)	79
El Soldado Chileno (José Antonio Soffia)	82
El Poncho (Carlos Acuña).....	84
De vuelta de la Pampa (Carlos Pezoa Véliz)	85
Oda a los Porotos (Mendiluce)	89
Al Roto (Anónimo)	92

Impreso
en los talleres de
la Editorial "Cultura"
- Argomedo 363-A
Santiago Chile-1939



IMPRESA CULTURA
ARGOMEDO 863 - A
SANTIAGO DE CHILE



Precio: \$ 6.00

Moneda chilena